

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

UN TAXISTA
EN APUROS

**Joseph
Berná**



**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS

Barry Lawton, de veintiocho años de edad, pelo oscuro y facciones agradables, se sentía un tipo feliz. Era taxista de profesión desde hacía casi cinco años, le encantaba conducir, y se conocía las calles de Londres mejor que nadie.

Hasta hacía sólo unas semanas, Barry había sido un taxista a sueldo, sin posibilidades de tener su propio taxi. Pero una racha afortunada, en una partida de póquer, le permitió ganar una importante cantidad de libras esterlinas y...

Bueno, su sueño de siempre se había hecho realidad.

Barry tenía ya su propio taxi.

De ahí que se sintiera un tipo feliz.



Joseph Berna

Un taxista en apuros

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1780

ePub r1.0

Lds 13.03.19

Título original: *Un taxista en apuros*

Joseph Berna, 1984

Cubierta: Lozano

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Barry Lawton, de veintiocho años de edad, pelo oscuro y facciones agradables, se sentía un tipo feliz. Era taxista de profesión desde hacía casi cinco años, le encantaba conducir, y se conocía las calles de Londres mejor que nadie.

Hasta hacía sólo unas semanas, Barry había sido un taxista a sueldo, sin posibilidades de tener su propio taxi. Pero una racha afortunada, en una partida de póquer, le permitió ganar una importante cantidad de libras esterlinas y...

Bueno, su sueño de siempre se había hecho realidad.

Barry tenía ya su propio taxi.

De ahí que se sintiera un tipo feliz.

Aún debía algún dinero, porque sus ganancias en la partida de póquer no alcanzaron para pagar totalmente la adquisición del taxi, pero lo que le faltaba por amortizar podría liquidarlo fácilmente con su trabajo diario, sin apuros.

Aquella tarde, Barry había realizado ya varios servicios. Y, entre lo que había marcado el contador del taxi, y las propinas que los clientes solían dar, había recaudado ya una suma muy interesante.

Y aún pensaba realizar dos o tres servicios más, aparte del que estaba realizando en aquel momento. Se trataba de un tipo flaco, bastante feo de cara, con unas cejas tan pobladas que parecían cepillos.

Barry se mostraba amable con todos sus clientes y les daba conversación, pero el tipo flaco no tenía ganas de hablar, eso era evidente, y el taxista no insistió. Estaban llegando ya a la dirección indicada por el feo. Barry detuvo el taxi y paró el contador.

—Hemos llegado, señor —dijo.

—¿Cuánto es? —preguntó el tipo.

Barry miró el taxímetro.

—Tres libras y media.

El cliente se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta.

Barry pensaba que el tipo le daría cuatro libras, media de propina, pero se equivocó. Sólo le dio el importe del servicio.

«¡Será roñoso, el tío!», exclamó con el pensamiento, mientras el feo descendía del taxi sin decir ni adiós.

Barry se guardó las tres libras y media, puso el contador a cero, y el indicador de «Libre». Después, puso el taxi en marcha, rezongando:

—Es el primer cliente del día que no me da propina. Tenía cara de tacaño, desde luego.

Barry no pudo seguir pensando en el tipo flaco, porque un nuevo cliente solicitaba sus servicios. Y se alegró, claro. Entre otras cosas, porque esta vez no se trataba de un tipo feo y huesudo, sino de una mujer joven y guapa, a la que no se le marcaba ningún hueso.

Era pelirroja y estaba estupenda de todo.

—A clientes así me apunto yo —sonrió Barry, cuando ya estaba deteniendo el taxi delante de la atractiva pelirroja, que frisaría los veinticinco años de edad.

La chica abrió la puerta y se introdujo en el taxi.

—Buenas tardes —saludó, con una sonrisa.

—Buenas tardes —respondió Barry, que ya estaba retirando el «Libre» del taxi.

—Al 602 de Cranston Street, por favor.

—Para allá vamos en seguida.

Barry se tocó su gorra de taxista, accionó el taxímetro, y puso el taxi en movimiento. Por el espejo interior del coche, observó a la pelirroja.

Tenía los ojos verdes y los labios carnosos, brillantes, tremendamente sensuales. La blusa, muy delgada, ceñía de forma descarada sus rotundos senos, totalmente libres bajo el fino tejido. Un tejido que los erectos pezones amenazaban con perforar.

Por si fuera poco, la pelirroja había cruzado las piernas y, como su falda disponía de una atrevida abertura frontal, sus torneados muslos quedaban casi totalmente al descubierto, largos, suaves, excitantes...

Barry se tocó la gorra de nuevo, al tiempo que carraspeaba

ligeramente y apartaba los ojos del espejo. Tenía que hacerlo, porque si seguía contemplando las exuberantes formas de la pelirroja, lo más probable es que su taxi acabara empotrado contra una farola.

—Hace una tarde espléndida, ¿verdad? —dijo, para iniciar la conversación—. Oh, sí, la temperatura es muy agradable —respondió la chica, que había abierto su bolso.

Extrajo una cajetilla de cigarrillos y un encendedor de gas.

Barry volvió a posar su mirada en el espejo interior del taxi y vio cómo la pelirroja se ponía un cigarrillo entre los labios, lo aprisionaba con suavidad, y lo encendía, recreándose en la acción.

El taxista sintió un cosquilleo en la sangre y apartó nuevamente los ojos del espejo, para atender debidamente a la conducción del taxi. La sensualidad, tal vez deliberada, de la pelirroja, le estaba excitando y eso no es bueno cuando se tiene un volante en las manos y se circula por las calles de Londres, en las que el tráfico es siempre abundante y es necesario conducir con los cinco sentidos. La pelirroja formó una «o» con sus tentadores labios y expulsó lentamente el humo. Después, preguntó:

—¿Cómo se llama?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Barry Lawton, para servirla.

—Conduce muy bien, Barry.

—¿De veras?

—Sí, se nota que es un experto.

—Bueno, son ya cinco años con las manos al volante. Y claro, con la práctica...

—Mi nombre es Clara.

—Pues debería llamarse Yema.

—¿Yema...?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por ser lo mejor del huevo.

La pelirroja rompió a reír.

—¡Qué gracioso!

Barry rió también.

—Me alegro de que le haya gustado el chiste.

—Es usted un tipo muy simpático, Barry.

—Gracias.

—¿Está casado?

—No, continúo soltero.

—¿Tiene novia?

—No, sólo buenas amigas.

—Y no quiere atarse con ninguna de ellas, ¿eh?

—Por ahora, no.

—Hace muy bien —aprobó la pelirroja—. Hay que disfrutar de la vida cuando se es joven, Barry.

—Estamos absolutamente de acuerdo —sonrió el taxista.

—A mí tampoco me gusta estar atada.

—¿No?

—Amo la libertad, Barry. Cuando se es libre, uno puede hacer lo que le da la gana. No tiene que pedir permiso a nadie. Ni dar explicaciones. Es maravilloso poder hacer lo que a uno le apetece, tanto si está bien como si está mal.

—Así es, Clara.

—Si quiere llamarme Yema alguna vez, me sentiré muy halagada —aseguró la pelirroja.

—¡De acuerdo!

Rieron los dos alegremente.

Poco después, Barry detenía su taxi frente al 602 de Cranston Street.

Era un edificio nuevo, moderno, de muchas plantas.

—Es aquí, ¿no? —dijo el taxista.

—Sí, vivo en este edificio —respondió la pelirroja.

Barry paró el taxímetro.

La pelirroja cogió su bolso.

—¿Qué le debo, Barry?

—Cuatro libras justas.

—¿Sólo?

—¿Le parece poco?

—Le daré cinco.

—Muchas gracias.

Barry, que se había girado, vio cómo Clara buscaba en el interior de su bolso. No pudo evitar la tentación de bajar un poco la mirada y admirar de nuevo la perfección de los remos de la pelirroja, que

seguían descaradamente cruzados.

Más aún que antes, pues el taxista podía ver ahora las braguitas de Clara. Eran negras, breves, excitantes...

Barry tuvo la sensación de que la gorra se le quedaba pequeña y se la tocó nerviosamente. A pesar de ello, siguió con la mirada clavada allí, deleitándose con el magnífico espectáculo.

De pronto, la pelirroja exclamó:

—¡Barry!

El taxista respingó, creyendo que Clara le había sorprendido con los ojos fijos en sus desnudos muslos y se había molestado.

—¿Qué pasa?

—¡No llevo dinero!

—¿Eh...?

—¡Ni un penique! —aseguró la pelirroja, y se echó a reír.

—¿Me quedo sin cobrar, entonces...?

—¡Por supuesto que no! Sólo tiene que subir conmigo a mi apartamento. ¿De acuerdo, Barry...?

—Muy bien.

Salieron los dos del taxi, subieron a la acera, y se introdujeron en el edificio. Tuvieron que hacer uso del ascensor, ya que el apartamento de Clara se hallaba ubicado en la planta decimotercera.

Una vez en ella, la pelirroja extrajo una llave de su bolso, la introdujo en la cerradura de la puerta 62 B, y abrió.

—Pase, Barry.

El taxista entró en el apartamento, que estaba pero que muy bien.

Lo hizo con la gorra en las manos.

Clara cerró la puerta, se deshizo del bolso, y se pegó literalmente al taxista, cuyo cuello cercó con sus brazos.

—Bésame, Barry —pidió, con ojos brillantes de deseo.

CAPÍTULO II

Barry Lawton no se hizo de rogar.

Entre otras razones, porque estaba deseando abrazar a la exuberante pelirroja y besar sus ardientes labios, así que arrojó su gorra de taxista sobre un sillón, rodeó el cuerpo prieto y cálido de Clara, y unió su boca a la de ella.

La pelirroja dominaba el arte del beso, no cabía duda, pero Barry tampoco era un novato en aquellas lides y supo darle la réplica adecuada.

Permanecieron más de tres minutos así, estrechamente abrazados, besándose fogosamente. Las manos de Barry, quietas al principio, descendieron y alcanzaron el firme trasero de Clara, oprimiéndolo por encima de la falda, antes de hacer lo propio con sus espléndidas caderas y ascender hasta su busto, que también oprimió por encima de la liviana blusa, admirándose de su maravillosa consistencia.

No satisfecho con ello, Barry intentó deslizar su mano por el escote de la blusa y acariciar los pechos de la pelirroja al natural, sin tejido de por medio, pero Clara interrumpió el ardiente beso y se separó de él.

—¿No deseas que...? —preguntó el taxista.

—Naturalmente que lo deseo —respondió la pelirroja, sonriéndole de forma lasciva—. Pero no aquí, sino en el sofá.

—Excelente idea —aprobó Barry.

—Vamos —dijo Clara, cogiéndolo de la mano y llevándolo hacia el *living*.

Una vez allí, ella misma le despojó de la chaquetilla de taxista.

—Sigue tú —indicó, mientras se desabrochaba la falda.

Barry se aflojó el nudo de la corbata, pero se quedó quieto al ver

que la pelirroja no sólo se despojaba de la falda, sino también de la blusa, conservando únicamente las sucintas braguitas negras.

Los ojos del taxista se clavaron como dardos en los soberbios senos de Clara, cuyos rojos pezones le apuntaban como dos puntas de flecha.

—Madre mía... —musitó.

La pelirroja se echó voluptuosamente en el sofá, casi tan amplio como una cama, y levantó los brazos.

—Ven, Barry...

El taxista se olvidó de la corbata, de la camisa, y del resto de su ropa, y se arrojó materialmente sobre ella. La besó, la acarició, la estrujó literalmente, dominado por la pasión y el deseo.

Clara lo agarró del pelo.

—Oh, Barry, cariño... —murmuró, con los ojos cerrados.

—Yema mía... —respondió el taxista, mientras le mordisqueaba los senos con habilidad. La pelirroja continuó con los ojos cerrados, suspirando, jadeando, susurrando frases amorosas. Por eso no vio que la puerta se abría y un hombre penetraba en el apartamento.

Barry tampoco lo vio, porque su cara seguía hundida entre el fenomenal busto de Clara. De haberlo visto, se le hubieran ido inmediatamente las ganas de besar y mordisquear los hermosos pechos de la pelirroja, porque el tipo rondaba los dos metros de estatura y poseía la corpulencia de un luchador de «catch».

Pesaría ciento veinte o ciento treinta kilos.

Y tenía una cara de bestia...

El gigantón se quedó quieto junto a la puerta, contemplando la escena que tenía lugar en el sofá del *living*. Sus ojos centellearon de furia, sus gruesos labios temblaron, sus grandes dientes rechinaron, sus enormes puños se cerraron apretadamente...

El tipo era un volcán a punto de entrar en erupción.

Era sólo cuestión de segundos.

Casualmente, Clara entreabrió los ojos un instante y descubrió al gigante, lo que la hizo respingar con fuerza.

—¡Barry! —exclamó.

El taxista confundió el respingo de la pelirroja con un irreprimible ramalazo de placer y sonrió.

—Te estoy haciendo gozar, ¿eh? —dijo, antes de morderle el pezón izquierdo con sabiduría.

Clara le tiró del pelo.

—¡Bronco!

Barry levantó la cabeza y la miró, sorprendido.

—¿Bronco...? Pero si ha sido un mordisquito de lo más suave y delicado...

—¡Bronco es él!

—¿Quién?

La pelirroja extendió el brazo derecho.

Barry se volvió y descubrió al gigantón, que seguía parado junto a la puerta, a punto de estallar. Esta vez, fue el taxista quien respingó con fuerza.

—¿Quién diablos es ése...?

—¡Bronco, mi marido!

Barry se apartó velozmente de la pelirroja.

—¿Tu marido, has dicho...?

—¡Sí!

—¡Creí que eras soltera, Clara!

—¡Pues soy casada! —respondió la pelirroja, que se estaba colocando la blusa a toda prisa.

—¿Y todo el rollo que me soltaste sobre la libertad...?

—¡Dije que amaba la libertad, no que fuera libre!

—¡A buena hora me lo aclaras!

—¡Lo siento, pero no creí que Bronco nos sor prendiera!

Barry tosió.

—Bronco es muy bronco, ¿verdad?

—Muy bestia, diría yo.

—¡Madre mía!

—Tienes que huir, Barry. Si te atrapa, hará albóndigas contigo.

El taxista respingó.

—¿Has dicho albóndigas...?

—¡Seguro!

Barry atrapó su chaquetilla de taxista y se la puso en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Adiós, Yema! ¡Digo, adiós, Clara!

—¡No olvides la gorra, Barry!

El taxista trotó hacia el sillón en cuyo asiento descansaba su gorra.

El marido de Clara permitió que la cogiera y se la colocara.

Al parecer, no tenía prisa por machacarle los huesos.

Y es que sabía que no tenía escapatoria.

Sólo podía salir por la puerta, y ésta se hallaba perfectamente cubierta por Bronco.

Barry no sabía cómo apartar al gigantón de allí. El no era ningún enano, precisamente, puesto que medía 1,80 de estatura, y tampoco era ningún enclenque, ya que poseía una complexión fuerte y atlética. Pero no podía, desde luego, compararse con el gorillesco marido de la pelirroja. El taxista carraspeó y dijo:

—Clara le explicará que yo sólo subí a cobrar las cuatro libras que marcaba el taxímetro, Bronco. Ella no llevaba dinero en el bolso y me pidió que...

—Que se lo cobrara en especias, ¿no? —masculló el tipo, con voz de perforadora.

—No, se equivoca —tosió Barry—. Sucedió que...

—¡Sé muy bien lo que sucedió, porque lo vi con mis propios ojos! —tronó el gigantón—. ¡Estabais los dos en el sofá, la zorra de Clara en bragas y tú sobre ella, acariciándola, estrujándola, mordiéndola!

Barry tosió de nuevo.

—Bueno, en realidad, yo solo...

—¡Te voy a sacar las tripas por la boca, bastardo!

—Tampoco es para tanto, hombre.

—¿Que no...? ¡Ahora verás, hijo de perra! —rugió el gigante, y fue hacia el taxista. Barry dio un salto hacia atrás.

—¡Cálmese, Bronco!

—¡Cuando te haya partido todos los huesos!

—¡Qué bestia!

Clara, temiendo que su marido atrapara a Barry, decidió intervenir.

—¡No, Bronco! —suplicó, corriendo hacia él con las piernas desnudas, ya que se había puesto la blusa, pero no la falda—. ¡Toda la culpa es mía! —¡Aparta, perra!— ladró el gigante. —¡Luego me ocuparé de ti!

Clara dio un grito y cayó al suelo, derribada por el violento empujón que acababa de propinarle su marido.

—¡No sea salvaje, Bronco! —dijo Barry—. A las mujeres hay que tratarlas con delicadeza.

El gigantón le soltó un zarpazo de gorila, pero el taxista saltó ágilmente de lado y burló el fiero ataque.

Clara, desde el suelo, agarró una de las piernas de su marido.

—¡Ahora, Barry! ¡Huye ahora!

—¿Y tú...?

—¡No te preocupes por mí! ¡Sé cómo manejar a este animal!

El taxista se lanzó hacia la puerta.

Bronco intentó cortar el paso, pero no pudo, lo que aumentó su cólera. Agarró del cabello a su mujer y tiró con fuerza.

—¡Suéltame la pierna, maldita!

Clara chilló, pero no le soltó la pierna.

Barry había alcanzado ya la puerta. Sin embargo, no se decidía a abrir y largarse, que era lo que deseaba y lo que la propia Clara le había indicado.

Le dolía dejar a la pelirroja en aquella situación, recibiendo ella sola toda la cólera del bestia de su marido. Clara había asegurado que sabía cómo manejarlo, pero el taxista lo dudaba bastante.

No había más que ver de qué forma tan salvaje le estaba tirando del pelo. Le estaba haciendo mucho daño, los chillidos de dolor de Clara no dejaban dudas al respecto.

Y Barry, aun reconociendo que él no tenía ninguna culpa, porque fue la pelirroja la que provocó la situación en que se encontraban cuando Bronco les sorprendió, decidió echarle una mano a Clara.

Corrió hacia el gorila, saltó sobre su enorme espalda, y lo agarró de las orejas, diciendo:

—¡Suelta el pelo de Clara o te las arranco, pedazo de bruto!

CAPÍTULO III

Bronco bramó como un elefante, porque Barry Lawton le estaba tirando de las orejas con muchas ganas. Naturalmente, el grandullón soltó el rojizo cabello de su mujer y ésta dejó de sufrir.

—¡Te dije que huyeras, Barry! —gritó la pelirroja, sin soltar la pierna de su marido.

—¡No podía permitir que este bison te dejara calva, Clara! —respondió el taxista.

—¡Escapa o lo lamentarás!

—¡No quiero que Bronco te maltrate!

—¡Y yo no quiero que te haga trizas! ¡Vamos, lárgate de una vez! ¡Aún estás a tiempo, Barry! ¡Sigo sujetando la pierna de Bronco!

—¿Seguro que no tendrás que ingresar en un hospital...?

—¡Por supuesto que no!

—¡Está bien!

Barry quiso soltar las orejas del gigantón y saltar de sus espaldas, pero se dio cuenta, quizá un poco tarde, de que no iba a ser tan fácil, porque el tipo le había agarrado las muñecas para evitar que siguiera tirándole tan fuerte de los apéndices auriculares.

—¡Maldita sea! —rezongó, mientras pugnaba por librarse de la manazas del tipo.

—¿A qué esperas, Barry? —apremió la pelirroja.

—¡Me tiene cogido, Clara!

—¿Qué...?

—¡No puedo saltar de su espalda!

—¡Utiliza los dientes!

—¡Qué gran idea! —exclamó el taxista, y le arreó un mordisco en la mano derecha al gigante.

Bronco lanzó otro bramido elefantesco y le soltó la muñeca al instante. Barry intentó repetir su acción, para recuperar la libertad de su otro brazo, cuando de repente, el gigantón consiguió voltearlo por encima de su cabezota y el taxista se vio volando como un pájaro.

—¡Necesito un paracaídas...! —gritó, un segundo antes de estrellarse contra el suelo—. ¡Dios mío! —exclamó Clara, cuando vio el batacazo tan tremendo que se propinaba Barry.

Bronco soltó una carcajada de ciento y pico de decibelios.

—¡Lo he desmontado, seguro! —dijo.

—¡Eres un bruto, Bronco! —gritó Clara.

—¡Y tú una ramera!

—¡No es verdad! ¡Yo no cobro por ponerte los cuernos! ¡Lo hago gratis, para que te enteres!

—¡Golfá! —rugió el gigante, y la agarró de los tobillos.

La pelirroja chilló al verse izada por los pies, con tanta brusquedad, que se vio obligada a soltar la pierna de su marido. La blusa, naturalmente, se fue para abajo y Clara volvió a quedar con los senos al aire.

—¡Suéltame, Bronco! —pidió, agitando los brazos a ciegas, pues la blusa le cubría la cara y no le dejaba ver nada.

Bronco, como poseía la fuerza de un titán, sostuvo a su mujer con una sola mano, aprisionándole ambos tobillos, y con la otra empezó a palmearle el trasero, escasamente cubierto por las delicadas braguitas negras.

—¡Unos cuantos azotes te sentarán bien, zorra!

—¡No, Bronco! ¡No...! —chilló Clara, porque su marido tenía las manos de piedra y cada palmada le hacía ver las estrellas.

—¡Te voy a poner el culo morado, para que aprendas!

—¡Barry...! —gritó la pelirroja, esperando que el taxista pudiera hacer algo por ella.

Barry Lawton no había quedado desmontado tras el fenomenal batacazo, pero casi. Le dolían todos los huesos del cuerpo, pero, afortunadamente, parecía que no tenía ninguno roto.

Desde el suelo, con ojos perplejos, había visto cómo el animal de Bronco levantaba a su mujer como si fuera un conejo, la sostenía por los pies con una sola mano, y con la otra iniciaba una dura tanda de azotes, tomando como blanco el magnífico trasero de

Clara.

El taxista ya había decidido ayudar a la pelirroja antes de que ésta le llamara, así que se irguió, no sin cierta dificultad, y gritó:

—¡Ya basta, energúmeno!

Bronco lo miró, interrumpiendo la tanda de azotes, aunque siguió sosteniendo a su mujer con una sola mano.

—Vaya, veo que has podido levantarte tras el «aterrizaje» forzoso —dijo, burlón. Barry se centró la gorra, porque la tenía de lado a causa del batacazo, y levantó los puños como si fuera un boxeador profesional.

—¡Pelea con los hombres, gorila!

Bronco dejó caer a su mujer y fue hacia el taxista, asegurando:

—¡Voy a hacer que te tragues la gorra a golpes, mequetrefe!

Barry esperó a que el tipo le atacara, se escabulló en el instante justo, y le atizó un puñetazo en el costado. Tuvo la sensación de que golpeaba un saco de arena. —¿De qué estará hecho este tío...?— exclamó, agarrándose la muñeca, pues casi se la había dislocado.

Bronco lanzó otra carcajada de más de cien decibelios y dijo:

—¡Tengo el cuerpo blindado!

—¿Lo de ahí «abajo» también? —preguntó Barry, al tiempo que disparaba la pierna y golpeaba, con el empeine del pie, los órganos masculinos del tiarrón.

En seguida se vio que no, que esa «zona» no la tenía blindada, pues lanzó un tremendo aullido, se llevó ambas manos al bajo vientre, y cayó de rodillas.

Barry tomó rápidamente el jarrón que descansaba a su derecha, sobre un artístico pie, y se lo estrelló al tipo en la cabeza. El jarrón se hizo añicos, pero Bronco perdió el conocimiento. Y de eso se trataba.

El taxista lanzó un suspiro de alivio al ver que el marido de Clara había dejado de ser un peligro para él, y se volvió hacia la pelirroja.

—Lamento lo del jarrón, Clara. Era muy bonito.

—No te preocupes —respondió ella, poniéndose en pie.

Lo primero que hizo, fue masajearse el trasero. Lo tenía muy enrojecido y le dolía. —Tu marido tiene la mano pesada, ¿eh?— dijo Barry, con una ligera sonrisa.

—Mucho.

—¿Cómo pudiste casarte con este mastodonte...?

—Es una larga historia.

—Tu vida debe ser un infierno, Clara.

—Cuando estoy con Bronco, sí. Por eso me busco otras compañías más gratas siempre que puedo. —Entiendo.

—Debes marcharte, Barry. Ese bestia no tardará mucho en volver en sí. Tiene la cabeza muy dura.

—¿Y qué pasará contigo...?

—Nada.

—¿Seguro?

—Sí, no temas.

—Como le dé por reanudar la tanda de azotes...

—Eso no mata a nadie.

—Pero duele.

—Hay castigos peores —repuso Clara, al tiempo que se agachaba y recogía su bolso.

Lo hizo de espaldas al taxista, por lo que éste pudo ver lo coloradas que tenía las «mejillas» traseras. No pudo evitar la tentación de posar su mano en ellas, con suavidad.

—Pobre Clara.

La pelirroja se irguió y lo miró, con una suave sonrisa en los labios.

—Eres un gran tipo, Barry. Toma, las cinco libras que te prometí —dijo, sacándolas del bolso.

El taxista denotó sorpresa.

—¿No dijiste que no llevabas un solo penique en el bolso...?

—Mentí.

—¿Por qué?

—Me gustaste, Barry. Y quería estar un rato contigo. Tenía que hacerte subir a mi apartamento.

—Entiendo.

—Vamos, coge el dinero.

—Me da no sé qué tomarlo, después de haber roto un jarrón tan hermoso.

—Lo pagará Bronco, no te preocupes —sonrió la pelirroja, y le metió las cinco libras en el bolsillo de su chaquetilla de taxista.

Barry la cogió por los hombros, suavemente, y la besó en los labios.

Después, dijo:

—Fue una lástima que tu marido nos interrumpiera, ¿verdad?

—Sí, fue una pena.

—¿Puedo llevarme algo tuyo, Clara?

—¿El qué?

Barry deslizó sus manos hacia las caderas femeninas e introdujo los pulgares por debajo del elástico de las finas braguitas.

—Esto.

—¿Mis bragas...?

—Si.

—¿Para qué las quieres...?

—Como recuerdo.

—¿De qué?

—De lo que pudo haber sido mío... y no lo fue.

La pelirroja emitió una risita.

—De acuerdo, tuyas son —accedió, despojándose de la prenda íntima.

Se la entregó al taxista y éste se la guardó.

—Gracias, Yema.

—Quizá volvamos a vernos, Barry.

—Me encantaría.

—Anda, márchate ya —apremió Clara, empujándolo hacia la puerta—. Bronco debe de estar a punto de despertar, y como me vea sin bragas...

El taxista rió y besó una vez más a la pelirroja.

—Adiós, Clara —se despidió y abandonó el apartamento, en el que había pasado serios apuros, finalmente solucionados.

Lo que Barry no sabía, es que los apuros más graves aún estaban por pasar...

CAPÍTULO IV

Mientras descendía en el ascensor, Barry Lawton decidió que su jornada laboral había terminado. El tiempo que había permanecido en el apartamento de Clara, unido al batacazo que el bestia de Bronco le propinara, hacían aconsejable no realizar ningún servicio más en lo que restaba de tarde, que era ya muy poco.

El taxista se llevó las manos a la espalda y se arqueó ligeramente hacia atrás, componiendo una mueca de sufrimiento. Le seguía doliendo casi todo, así que lo mejor era encerrar el taxi, retirarse a su apartamento, tomar un bocado, y meterse en la cama.

Descansar y dormir diez o doce horas seguidas, eso era lo que necesitaba para poder comenzar la nueva jornada de trabajo en condiciones.

El ascensor llegó abajo y Barry salió de él, caminando hacia la salida del edificio. En el portal, pegada a la pared, como ocultándose de alguien, había una joven de pelo rubio, bonita de cara y bien formada físicamente.

Tendría unos veinticuatro años y vestía pantalón blanco, muy ajustado, y una liviana blusa azul celeste, que permitía vislumbrar el breve sujetador. De su hombro derecho pendía un bolso de piel, que la joven apretaba contra su cuerpo, como si temiera que alguien pudiera arrebatárselo.

Barry intuyó que la muchacha se hallaba en apuros y, tras un ligero carraspeo, dijo:

—¿Puedo ayudarla?

La chica le miró, fijándose especialmente en su gorra y en su chaquetilla de taxista.

—¿Ayudarme?

—Quizá esté equivocado, pero parece asustada.

—Lo estoy —confesó la joven.

—¿La persigue alguien?

—Sí, un par de tipos.

—¿Con qué intenciones?

—Muy malas.

—Entonces, acepte mi ayuda. Me llamo Barry, soy taxista, y...

—¿Es suyo el taxi que está aparcado junto a la acera? — preguntó la chica, interrumpiéndole.

—Sí.

La joven sonrió.

—Le estaba esperando, ¿sabe?

—¿A mí?

—Necesitaba tomar ese taxi, pero no podía hacerlo, porque su conductor no estaba.

Por eso me oculté en este portal. Confiaba en que el taxista no tardaría en aparecer.

—Pues ya ha aparecido. Y mi taxi está a su entera disposición — sonrió también Barry.

—Muchas gracias.

—Vamos.

—No, salga usted primero, Barry. Cuando haya puesto el motor en marcha, saldré yo corriendo y subiré al taxi. Y no espere a que cierre la portezuela para arrancar, ¿eh? Tenemos que salir zumbando.

El taxista se tocó la visera de la gorra.

—¿Tan peligrosos son los tipos que la persiguen...?

—Mucho.

—Está bien, lo haremos como usted ha dicho, señorita...

—Mi nombre es Joanna.

—Me gusta. El nombre, y todo lo demás.

La joven sonrió de nuevo.

—No es momento para piropos, Barry.

—Tiene razón. Iré a poner el motor en marcha.

—Eso es.

Barry salió del portal, cruzó la acera, y alcanzó su taxi. Antes de introducirse en él, echó una mirada a la calle, para ver si detectaba a la pareja de individuos que perseguían a Joanna.

No lo consiguió, porque había bastantes transeúntes y era difícil

localizar a dos tipos a los que, además, no conocía.

Barry se metió en el taxi, puso el motor en funcionamiento, y conectó el taxímetro, pues, al fin y al cabo, iba a realizar un servicio y no tenía por qué hacerlo gratis.

Joanna, que estaba observando desde el interior del portal, sin dejarse ver, salió disparada de él y se introdujo en el taxi en un santiamén.

Barry la esperaba con las manos al volante y, en cuanto la vio dentro del taxi, puso el vehículo en movimiento. Joanna giró la cabeza y miró por el cristal trasero del taxi.

—¡Me han visto, Barry! —exclamó.

—¿De veras?

—¡Están subiendo a su coche! ¡Nos van a seguir!

—¡Diablos!

—¡Corra, por favor! ¡Tenemos que despistarlos!

—¡Lo intentaré, Joanna! ¿Qué coche es el de los tipos?

—¡El «Ford» oscuro!

Barry, por el espejo retrovisor, localizó el coche de los perseguidores de Joanna.

—¡Se están aproximando! —dijo la joven.

—¡No se preocupe, Joanna! ¡Soy un buen conductor y se lo voy a demostrar a sus amigos!

—¡No son mis amigos!

—¡A sus enemigos, quise decir!

—¡De prisa, Barry, por Dios!

—¡Esto se va a convertir en un taxi a reacción, ya verá! —aseguró el taxista, y pisó el acelerador a fondo.

Los vehículos fueron quedando atrás, rebasados por el taxi de Barry Lawton, que los sorteaba hábilmente. Temerariamente, incluso, pues parecía que iba a sobrevenir el accidente de un momento a otro, pero el extraordinario dominio del volante por parte del taxista lo evitaba una y otra vez.

Joanna llegó a asustarse un poco, pero la pericia de Barry le dio confianza. Y, como el «Ford» oscuro iba quedando atrás, animó al taxista.

—¡Bravo, Barry! ¡Es usted un piloto fantástico!

—¡Lo sé!

—¡Nuestros perseguidores se están quedando rezagados!

—¡Ya lo estoy viendo!

—¡Continúe así, Barry, y pronto los perderemos de vista!

—¡Seguro!

El taxi siguió sorteando vehículos con una temeridad que ponía los pelos de punta a los conductores de los coches que se iban viendo rebasados por él.

Naturalmente, los tipos le llamaron de todo.

—¡Loco!

—¡Cabrito!

—¡Que esto no es Indianápolis!

—¡Se cree que es Nicki Lauda!

—¡Ojalá te rompas la crisma, desgraciado!

Aún le dijeron más cosas, pero Barry hizo oídos sordos y continuó manejando el volante como si en vez de un taxi pilotase un bólido de Fórmula 1.

Joanna sentía deseos de aplaudir, pero no podía hacerlo, porque tenía que mantenerse agarrada al asiento con ambas manos, para no abandonarlo de mala manera en alguno de los bruscos y continuos virajes que realizaba el taxista. Lo más importante de todo, sin embargo, era que el taxi seguía ganando metros al «Ford» de los perseguidores, pese a los esfuerzos de éste por no quedar rezagados.

Algunos segundos después, el «Ford» oscuro se perdía de vista.

Joanna lanzó una exclamación de júbilo y dijo:

—¡Los hemos perdido, Barry!

CAPÍTULO V

Barry Lawton comprobó que era cierto y metió su taxi por la primera calle de la derecha. Después, redujo la velocidad y dijo:

—Está usted a salvo, Joanna.

—Gracias a usted, Barry, que es un «as» del volante. Jamás había visto a nadie conducir así.

—Y eso que hoy me duelen todos los huesos.

—¿De veras...?

—Bueno, menos dos o tres.

—¿Tiene la gripe...?

—¡Oh, no, nada de eso! —exclamó el taxista, riendo—. Un tipo de dos metros de estatura y ciento no sé cuántos kilos de peso me volteó por encima de su cabeza y me estampó contra el suelo. Fue un milagro que no me rompiera la cabeza, el espinazo, o cualquier otra cosa, porque el batacazo fue morrocotudo.

—¿Y por qué hizo eso el tipo...?

—Verá, yo me hallaba montado en su espalda, le había tirado de las orejas, le había mordido una mano...

—¿En serio...?

—Sí, hice todo eso.

—¿Por qué?

—Para evitar que el tipo siguiera maltratando a su esposa, con la que yo... Bueno, es una larga historia —tosió el taxista—. Prefiero que hablemos de usted, Joanna.

—¿De mí?

—¿Por qué la perseguían esos tipos?

—Tengo algo que ellos quieren.

—¿El qué?

—Perdóneme, pero no se lo puedo decir.

—¿Por qué?

—Son las órdenes que tengo. No hablar de ello con nadie.

Barry la miró por el espejo.

—Oiga, ¿sabe usted que habla como si fuera un agente secreto...?

—¿De veras?

—No será una espía, ¿verdad?

—Quizá —sonrió la joven.

—Hablemos en serio, Joanna.

—Vale.

—¿Es una espía?

—No.

—¿Qué lleva en el bolso? —preguntó Barry.

Joanna lo apretó instintivamente.

—¿Cómo?

—Sé que guarda en él lo que esos tipos quieren.

—¿Qué le hace sospechar que...?

—Su forma de proteger el bolso. Lo mantenía apretado contra su cuerpo en el portal del edificio donde se ocultó. Y lo ha vuelto a apretar ahora.

La joven sonrió ligeramente.

—Es usted un tipo muy observador, Barry. —Siempre lo he sido.

—Está bien, lo adiviné. Llevo en el bolso lo que esos tipos persiguen.

—¿Qué es?

—Barry, ya le dije antes que no puedo hablarle de ello. Es un asunto secreto.

—Yo no pienso divulgarlo, se lo aseguro.

—Por favor, no insista.

—¿No confía en mí, Joanna?

—Naturalmente que confío.

—¿Entonces...?

Joanna cambió de conversación:

—¿Adónde me lleva, Barry?

—No lo sé.

—Pues vaya un taxista... —bromeó la joven.

—Usted no me indicó dirección alguna, Joanna.

—Es cierto. Con las prisas...

—¿Adónde quiere que la lleve? —preguntó Barry—. A Hyde Park.

Barry miró el taxímetro y, como se hallaban a una cierta distancia de Hyde Park, advirtió:

—La carrera le va a costar un pico.

—No importa.

—Paga el Servicio Secreto, ¿eh?

—¿Cómo dice...?

—Olvídelo —sonrió el taxista—. Era una broma. Joanna guardó silencio. Barry también, aunque tardó muy poco en romperlo: —Esta noche no podré dormir, Joanna.

—¿Por culpa del dolor de huesos...?

—No, por su culpa. Soy un tipo muy curioso y, como no me ha querido decir lo que lleva en el bolso, voy a pasarme la noche entera pensando en ello.

—Ya será menos —sonrió la joven.

—Lo que yo le diga.

—Yo también soy curiosa, Barry. Sin embargo, no le he preguntado qué clase de relación mantiene usted con la esposa del grandullón ese que lo volteó por encima de su cabeza y lo estampó contra el suelo.

El taxista tosió.

—Yo no mantengo relación alguna con esa mujer, Joanna.

—¿Seguro...?

—La conocí esta misma tarde. Subió a mi taxi y pidió que la llevara al 602 de Cranston Street, el edificio en donde usted y yo nos conocimos. Cuando llegamos, la chica abrió su bolso para pagarme y entonces descubrió, con sorpresa, que no llevaba dinero.

—Qué despistada.

—Ésa fue la razón de que subiera con ella a su apartamento. Tenía que cobrar el importe del servicio. Una vez arriba, la chica se mostró muy cariñosa conmigo y... Bueno, uno no es de piedra, Joanna. Y la chica, mejorando lo presente, estaba de toma pan y moja.

—Y usted se mojó varias rebanadas, ¿no?

—Casi una barra entera.

Joanna se echó a reír.

—¡No me extraña que el marido lo estampara contra el suelo!

—Tenía motivos, lo reconozco. Pero no fue culpa mía. Yo ignoraba que la chica estaba casada. De haberlo sabido, no me hubiera dejado tentar. No soy de los que van por ahí poniendo cuernos a los maridos, créame. Especialmente, si miden dos metros de estatura y tienen músculos de luchador.

—El tipo le puso en apuros, ¿eh? —siguió riendo Joanna.

—Sí, me las vi y me las deseé para librarme de él —confesó el taxista—. Quería convertirme en picadillo para albóndigas.

—Me alegro de que no lo consiguiera, pues, sin su ayuda, no hubiera podido burlar a los tipos que me perseguían.

—¿Está usted fuera de peligro, Joanna?

—Desde luego.

—¿No teme que esos tipos la localicen de nuevo y...?

—Les va a ser muy difícil.

—Espero que no se equivoque. No me gustaría que cayese usted en sus manos, Joanna.

—Menos me gustaría a mí, se lo aseguro. Los conozco y sé que son capaces de todo.

Conversaron un poco más, sin que Barry pudiera conseguir que Joanna le revelara el secreto que tan celosamente guardaba, pese a que lo intentó de nuevo.

Poco después, llegaban a Hyde Park.

—¿Dónde quiere que la deje, Joanna? —preguntó el taxista.

—Pare aquí mismo —indicó la joven.

Barry detuvo el taxi y paró el contador, que marcaba doce libras con cincuenta.

—¿Cuánto es, Barry? —preguntó Joanna.

—Doce libras y media. Un pico, ya se lo advertí.

Joanna sonrió y abrió el bolso.

Barry estiró el cuello, para ver si podía descubrir lo que la joven ocultaba en su bolso, pero Joanna extrajo rápidamente tres billetes de cinco libras y lo cerró.

—Le doy quince, Barry.

El taxista tomó el dinero.

—Le devolveré...

—Oh, no, por favor. Lo que sobra, es la propina.

—Muchas gracias.

Joanna descendió del taxi.

Barry salió también, porque no quería despedirse de ella desde el interior del taxi. Al salir, la prenda íntima que le pidiera a la sensual Clara como recuerdo escapó de su bolsillo y cayó al suelo, sin que él se diera cuenta.

Joanna sí se percató de ello y exclamó:

—¿Qué es eso...?

—¿El qué? —preguntó Barry, mirando al suelo—. ¡Diablos! —exclamó, respingando, cuando descubrió la prenda. La recogió a toda prisa y se la metió en el bolsillo, diciendo—: Se me cayó el pañuelo, Joanna.

—¿El pañuelo...? —repitió la joven, con irónica sonrisa.

—Sí.

—¿Usan pañuelos negros los taxistas...?

—Sólo los que estamos de luto.

—Lo que tiene usted en el bolsillo son unas bragas de mujer, Barry.

—Oh, no, yo le aseguro que... —Tosió el taxista.

—Son las de la mujer del grandullón, ¿verdad?

—Sí —tuvo que confesar Barry.

—¿Se las llevó usted como trofeo?

—No, como recuerdo.

—¿Colecciona bragas...?

—Sí.

—Pues lo siento mucho, pero las mías no se las pienso dar —dijo Joanna, y se alejó, riendo.

—¡Me gustaría volverla a ver!

—¡Quizá nos encontremos de nuevo! —respondió la joven, y le lanzó un beso al aire, sin dejar de alejarse.

CAPÍTULO VI

Los perseguidores de Joanna estaban que se los llevaban los demonios, por no haber podido alcanzar el taxi tomado por la joven. Y haberle perdido, además, de vista, pues llevaban ya varios minutos tratando de localizarlo de nuevo sin ningún resultado.

—¡Maldita sea, Udo! —Ladró el tipo que iba sentado junto al que conducía el «Ford» oscuro—. ¡Nos han burlado!

—¡No ha sido culpa mía, Hans! ¡He hecho todo lo que he podido por darles alcance, pero al volante de ese taxi va un loco, no me cabe la menor duda! —respondió Udo.

—¡Tenemos que encontrar el taxi! ¡Es la única manera de atrapar a la chica!

—¡Suponiendo que aún continúe en el taxi!

—¡Si lo ha dejado ya, obligaremos al taxista a que nos diga dónde la llevó! ¡Y después lo haremos migas, por haber ayudado a la chica a burlarnos!

—¡Lo lamentaré, te lo aseguro!

El «Ford» oscuro siguió recorriendo las calles de Londres, pero Udo y Hans no pudieron dar con el taxi de Barry Lawton. Vieron otros muchos, claro, pero con distinta matrícula.

Los tipos recordaban muy bien el número de la del taxi que les burlara, pero, por si acaso se les olvidaba, Hans la había anotado. Y fue precisamente éste, Hans, quien escupió una maldición y ordenó:

—¡Para, Udo!

Su compañero detuvo el coche.

—¿Qué pasa, Hans?

—¡Que estamos perdiendo el tiempo, eso es lo que pasa! ¡Hay demasiados taxis en Londres! ¡Y demasiadas calles! ¡Es como buscar una aguja en un pajar!

—Sé que es difícil, pero tenemos que seguir buscando. Como tú dijiste antes, es la única manera de atrapar a Joanna Parker —
repuso Udo, mesándose el cabello.

Hans lo miró.

—Se me acaba de ocurrir algo, Udo.

—¿El qué?

—Vamos a salir del coche y a tomar el primer taxi libre que pase por aquí.

—¿Tomar un taxi...?

—Sí.

—¿Para qué?

—Los taxistas son una especie de gran familia. En todas las ciudades, por grandes que sean. Se conocen todos.

Udo esbozó una sonrisa.

—Creo que ya sé lo que pretendes, Hans.

—¿De veras?

—Obligaremos al taxista a que nos revele el nombre y la dirección del tipo que conducía el taxi que nos burló.

—Exacto.

—¡Es una gran idea, Hans!

—Venga, no perdamos tiempo —dijo Hans, saliendo del «Ford».

Udo le imitó al instante.

Eran los dos altos, corpulentos, musculosos. Hans tenía la nariz roma. Udo, en cambio, la tenía ganchuda. Ambos poseían un rostro duro y desagradable, pero Hans era aún más feo que Udo.

Casi al momento, pasó un taxi libre por allí.

Hans levantó la mano y el taxi se detuvo, retirando su conductor el indicador de «Libre». Hans y Udo subieron al taxi.

El taxista, un tipo de unos cuarenta años de edad, delgado y corto de estatura, con las facciones simpáticas, preguntó:

—¿Adónde les llevo, caballeros?

—Sólo queremos información, amigo —respondió Hans.

El taxista giró la cabeza.

—¿Información...?

—Tenemos mucho interés en saber quién conduce el taxi matrícula...

Hans le dio el número.

El taxista, tras unos segundos de silencio, preguntó:

—¿Para qué lo quieren saber?

—Eso es cosa nuestra, amigo —respondió Udo. El taxista, tras una nueva reflexión, dijo:

—Lo siento, pero no sé quién conduce ese taxi.

—¿De veras? —preguntó Hans.

—Sí, no sé quién lo lleva.

Hans se llevó la mano a la axila izquierda y extrajo una impresionante «Magnum», provista de silenciador,

Después de apuntar con ella a la frente del taxista, preguntó:

—¿Cómo te llamas, amigo?

El taxista tardó unos segundos en responder, porque la inesperada aparición de la «Magnum» le había hecho perder el habla. El habla... y el color, ya que se había puesto muy pálido.

—Collins... Mark Collins... —respondió por fin, con voz temblorosa.

—¿Casado? —siguió preguntando Hans.

—Sí.

—¿Hijos...?

—Tres.

—Muy bien, Collins. Ahora, si no quieres que tu mujer se quede sin marido y tus hijos sin padre, dínos cómo se llama el tipo que conduce el taxi cuya matrícula te he facilitado y dónde vive, porque nos urge hablar con él.

El taxista tragó saliva con dificultad.

—Ya les he dicho que...

Udo estiró el brazo y lo agarró de una oreja, con fiero gesto.

—No te creemos, Collins. Sabemos que conoces al tipo que buscamos y nos vas a decir su nombre. Si te obstinas en guardar silencio, mi compañero te alojará un plomo en los sesos e iremos en busca de otro taxista menos estúpido que tú.

Mark Collins, visiblemente aterrado, reveló:

—Se llama Lawton; Barry Lawton.

—Vaya —sonrió Hans—. Así que sí lo sabías, ¿eh? El taxista no respondió.

Udo, que seguía aprisionándole la oreja, inquirió:

—¿Dónde vive Barry Lawton?

—En el 282 de Granger Street, apartamento 15 C.

—¿Seguro?

—Sí, ése es su domicilio.

—Como nos hayas engañado...

El taxista ahogó un gemido de dolor, porque Udo le estaba retorciendo la oreja.

—¡Es la verdad, lo juro!

—Suéltale la oreja, Udo —dijo Hans—. Creo que el tipo es sincero.

—Sí, yo también —sonrió levemente Udo.

—Y ahora, para que no pueda advertir a Barry Lawton...

El taxista tuvo un fallo cardíaco.

¡Hans iba a disparar!

¡Lo leía en sus ojos!

¡Lo iban a asesinar fríamente!

—¡No, por favor! —suplicó, con las facciones desencajadas.

El duro corazón de Hans no se ablandó. Su dedo índice presionó el gatillo y la «Magnum» escupió una bala, que fue a incrustarse en la frente del infortunado taxista, causándole una muerte instantánea.

Mark Collins se desplomó sobre el asiento y quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos, reflejando todavía un terror infinito.

Hans devolvió su «Magnum» a la funda axilar y abrió la portezuela del taxi.

—Larguémonos, Udo.

Se apearon los dos rápidamente, se introdujeron en el «Ford», y Udo lo puso en marcha.

—Al 282 de Granger Street —dijo Hans, con ironía—. ¡Por supuesto! —exclamó Udo, riendo.

Y Hans, claro, unió su risa a la de él.

* * *

Bronco, el gorillesco marido de la pelirroja Clara, no tardó demasiado en volver en sí. Lo primero que hizo fue llevarse las manos al bajo vientre, porque todavía acusaba los dolorosos efectos del golpe que le propinara Barry Lawton con el empuje del pie.

—Maldito hijo de perra... —barbotó, buscando al taxista con la mirada.

No lo encontró, claro.

Tampoco encontró a su mujer.

Bronco, temiendo que su infiel esposa se hubiera largado con el taxista, se puso rápidamente en pie. Sintió un fuerte dolor en la cabeza, también, como consecuencia del impacto del jarrón, cuyos pedazos continuaban esparcidos por el suelo, y maldijo de nuevo a Barry Lawton.

Al llevarse la mano a la testa, localizó un chichón del tamaño de una nuez. Y de las grandecitas.

—¡Clara! —tronó, trotando hacia el dormitorio, para ver si estaba allí.

No estaba en el dormitorio, pero sí en el baño. Bronco lo supo cuando vio que la puerta se hallaba cerrada por dentro.

Dio un par de palmadas de las suyas, en la puerta, y rugió:

—¡Clara!

—¿Qué pasa? —preguntó la pelirroja, desde el interior.

—¡Abre la puerta en seguida!

—¡No puedo! ¡Estoy metida en la bañera!

Bronco escupió una palabrota.

—¡Abre o echo la puerta abajo, zorra!

—¡La zorra lo será tu madre!

—¡Mi madre no le ponía los cuernos a mi padre!

—¿Estás seguro...?

—¡Perra! —bramó el gigantón, y cargó contra la puerta con el hombro.

Lo hizo con tanto ímpetu, que el cerrojo saltó a la primera.

Clara gritó al verlo irrumpir en el baño como un elefante de la India.

—¡Animal! ¡Bestia! ¡Cafre!

Bronco se detuvo junto a la bañera, en la que, efectivamente, se hallaba metida su mujer. Completamente desnuda, naturalmente. Bronco la agarró del pelo y preguntó:

—¿Cómo se llama ese taxista? ¿Barry qué...?

—¡No lo sé! —mintió la pelirroja.

—¡Dímelo o te meto la cabeza en el agua!

—¡Eso no te lo perdonaría, Bronco!

—¡Me importa un rábano que me lo perdones o no! —Ladró el gigante, y le empujó la cabeza hacia abajo.

Clara quiso gritar, pero no le dio tiempo.

El agua le cubría totalmente la cabeza, no podía respirar.

El terror hizo presa en ella y luchó desesperadamente por sacar la cabeza del agua, pero todo fue inútil.

Su agitación de brazos y piernas no sirvió de nada, excepto para echar algo de agua fuera de la bañera y mojar el suelo.

Clara ya no podía resistir más.

¡Sus pulmones iban a estallar!

Afortunadamente, Bronco le sacó la cabeza del agua y la pelirroja pudo respirar.

—¿Me lo dirás ahora, Clara...?

A pesar de lo mal que lo había pasado, la pelirroja gritó:

—¡No me dijo su apellido!

—¡No te creo!

—¡Es la verdad, Bronco! ¡Sólo sé que se llama Barry!

El grandullón volvió a meterle la cabeza en el agua.

Clara agitó nuevamente los brazos y pataleó con desesperación, aunque sabía que no iba a servir de nada. Su marido tenía demasiada fuerza y le sería imposible escapar de él.

Bronco la mantuvo así el mismo tiempo de antes, aproximadamente, y luego le sacó la cabeza del agua. Clara boqueó de forma angustiada, para llenar cuanto antes sus pulmones de aire.

—¿Barry qué...? —insistió el gigantón.

Clara, que no quería pasar otro de aquellos terribles momentos, reveló:

—¡Lawton!

—¿Barry Lawton?

—¡Sí!

Bronco sonrió y le soltó el pelo.

—Daré con él, te lo aseguro —dijo, y salió del baño.

CAPÍTULO VII

El beso al aire lanzado por la encantadora Joanna, le cayó aún mejor a Barry Lawton que las dos libras y media que la joven le diera de propina.

El taxista sintió deseos de seguirla, para saber adónde iba y a quién entregaba lo que tan celosamente guardaba en su bolso. Suponiendo que se lo entregase a alguien, claro, porque a lo mejor tenía que conservarlo ella durante algunos días.

Joanna giró un instante la cabeza, como para asegurarse de que no era seguida por Barry. Como lo vio en el mismo sitio, quieto junto a su taxi, sonrió y levantó la mano.

Barry le devolvió el saludo, pero desistió de ir tras ella. No debía entrometerse en los asuntos de Joanna, por muy fuerte que fuera la curiosidad que sentía.

Algunos segundos después, la joven se perdía de vista en Hyde Park.

Barry suspiró y se metió en el taxi. Lo puso en marcha y se dirigió a Granger Street, porque efectivamente, vivía allí, en el 282, tal y como Mark Collins, su infortunado compañero de trabajo, revelara a Udo y Hans, la pareja de desalmados perseguidores de Joanna Parker, segundos antes de ser fríamente asesinado.

Como Barry no había puesto el indicador de «Libre», nadie le detuvo y no se vio obligado a realizar ningún servicio más.

Minutos más tarde, introducía su taxi en el garaje que había muy cerca de su casa. Barry siempre lo dejaba allí, para que estuviera bien cuidado y protegido. Le suponía un pequeño gasto mensual, claro, pero valía la pena, tratándose, como se trataba, de un coche nuevo, destinado además al servicio público, lo que le obligaba a presentar diariamente un buen aspecto.

Después de encerrar el taxi, Barry se introdujo en el portal del edificio en donde vivía. Un edificio corriente, sin ninguna clase de lujos, que ya tenía sus años.

En cuanto acabase de amortizar el taxi, Barry tenía proyectado ya mudarse a un apartamento mejor, más amplio, más moderno. Y estaba seguro de poder hacerlo, porque ser propietario de un taxi en una ciudad como Londres, no era mal negocio.

Barry subió a su apartamento, abrió la puerta, y penetró en él. Encendió las luces, se despojó de la gorra y de la chaquetilla, fue directamente hacia el pequeño escritorio.

Cada noche, al regresar a casa, solía anotar en un libro el número de servicios realizados y los ingresos obtenidos, porque le gustaba llevar bien las cuentas.

En esta ocasión, sin embargo, el taxista se limitó a guardar el dinero en su pequeña caja de caudales, dejando lo de las cuentas para el día siguiente. Le seguían doliendo los huesos y quería acostarse cuanto antes.

Barry fue a la cocina, para prepararse la cena. Una cena ligera y rápida, pues no tenía demasiado apetito. Lo que más le apetecía, aquella noche, era tumbarse en la cama.

Y solo.

Esto último lo pensó cuando, por segunda vez, la prenda íntima que le entregara la pelirroja Clara escapó de su bolsillo y cayó al suelo.

Barry sonrió y la recogió.

Estaría muy bien pasar una noche entera con una mujer como Clara, pero no aquélla, porque, después del tremendo batacazo que le diera el mastodonte de Bronco, no se hallaba en condiciones de afrontar un combate amoroso, aunque fuera de menor fuste que el que sin duda le presentaría la ardiente pelirroja, si tuviera oportunidad.

La prenda le recordó también a la rubia Joanna, por haberle caído en su presencia la primera vez, en Hyde Park. Y Barry, claro, se dijo que tampoco estaría nada mal vivir una larga e intensa noche de amor con Joanna.

No poseía las desarrolladas formas de Clara, pero no por ello resultaba menos atractiva y deseable. Es más, si le dieran a elegir, él se quedaría con Joanna.

Lamentablemente, a Joanna no sabía dónde encontrarla, así que de no tener la suerte de tropezarse otra vez con ella, no tendría oportunidad de decirle lo mucho que le gustaba.

De decírselo... y de demostrárselo, si ella se lo permitía.

Barry dejó de pensar en Joanna, colgó la prenda íntima del tirador de uno de los armarios superiores de la cocina, porque fue lo primero que vio, y procedió a prepararse la cena.

En ello estaba, cuando sonó el timbre de la puerta.

Barry, extrañado, murmuró:

—¿Quién diablos podrá ser?

Dejó lo que estaba haciendo y salió de la cocina.

Cuando alcanzó la puerta y abrió, encontró a un par de tipos fornidos, de facciones duras y desagradables.

Eran, naturalmente, Udo y Hans, los perseguidores de Joanna Parker, pero como el taxista no los conocía, no sospechó que pudiera tratarse de ellos.

Hans preguntó:

—¿Barry Lawton...?

—Sí, yo soy —respondió el taxista—. ¿En qué puedo servirles?

Hans disparó el puño derecho y lo estrelló en la mandíbula de Barry, quien salió despedido hacia atrás y acabó rodando por el suelo.

* * *

Barry Lawton sacudió la cabeza, para despejarse un poco, porque el puñetazo había sido tremendo y se hallaba ligeramente aturdido. Cuando miró a Hans y Udo, tendido todavía en el suelo, vio que ambos habían penetrado en el apartamento y cerrado la puerta.

—Ayúdale a levantarse, Udo —indicó Hans.

—Con mucho gusto —sonrió el de la nariz ganchuda, y fue hacia el taxista.

Pareció que iba a darle la mano, pero lo que le dio fue un patadón en las costillas.

Barry dio un grito de dolor y se encogió, apretándose la zona pateada.

Udo tardó muy poco en disparar la pierna de nuevo, tomando

como blanco en esta ocasión la región renal del taxista. Este golpe, más doloroso que el anterior, obligó a Barry a gritar nuevamente y a retorcerse en el suelo.

Hans sonrió, satisfecho de la «ayuda» que su compañero le estaba prestando al taxista.

—Levántalo, Udo. Y, esta vez, de verdad.

—De acuerdo.

Udo agarró al taxista, lo incorporó, y lo sostuvo por detrás, sujetándole los brazos con fuerza, para que no pudiera defenderse cuando Hans empezara a golpearle. Barry vio que el tipo de la nariz roma se le aproximaba, apretándose los puños, y supo que iba a sacudirle. En realidad, lo adivinó desde que el otro fulano lo levantó del suelo y lo sujetó de aquella manera tan significativa.

Intentó librarse de Udo, pero, aparte de que éste lo tenía muy bien cogido, el taxista acusaba el puñetazo y el par de patadones recibidos. De manera especial, el último.

—No te canses, amigo —aconsejó Udo—. No podrás zafarte de mí.

—¿Por qué? —preguntó Barry—. ¿Por qué esta paliza? ¿Qué tenéis contra mí?

—Ayudaste a escapar a Joanna Parker —respondió Hans.

El taxista empezó a comprender.

—¿Sois los tipos que perseguían a Joanna...?

—Sí.

—¿Cómo habéis dado conmigo?

—Un colega tuyo, llamado Mark Collins, nos facilitó tu nombre y tu dirección. Sólo tuvimos que darle el número de la matrícula de tu taxi.

—Collins... —repitió quedamente Barry.

—Al principio no quería, pero logramos convencerle. Y después le agradecemos la información de una manera muy especial —añadió Hans, con irónica sonrisa.

Barry tuvo un mal pensamiento.

—¿Qué le hicisteis? —preguntó—. ¿Lo golpeasteis? —Peor.

Barry se estreñido.

—¿Peor, dices...?

—Le metimos una bala en la frente —informó Hans. Barry se quedó frío.

—¿De verdad lo asesinasteis...?

—Sí, Lawton. Y haremos lo mismo contigo si no nos dices ahora mismo dónde llevaste a Joanna Parker. El taxista, tras unos segundos de silencio, respondió: —La llevé a Hyde Park.

Hans y Udo cambiaron una mirada.

—¿A Hyde Park...? —repitió el primero.

—Sí.

—¡Eso no nos aclara nada!

—Lo siento, pero es todo lo que sé.

Hans le dio una furiosa bofetada.

—¡Estás mintiendo, Lawton!

—No, estoy diciendo la verdad.

Hans lo abofeteó con la otra mano.

—¡Tratas de proteger a Joanna, confíesalo!

—Lo haría, si pudiera —aseguró Barry, que había empezado a sangrar por la comisura de la boca—. ¿Ah, sí...?

—Sí.

—¿Por qué, Lawton?

—Es una buena chica.

—¡Es una sucia espía! —Ladró Hans.

—¿Una espía...?

—No lo sospechabas, ¿eh?

—Desde luego que no —murmuró Barry.

—Bien, ¿nos dirás ahora dónde llevaste a Joanna Parker?

—A Hyde Park.

—¡Maldito! —rugió Hans, y soltó el puño diestro, buscando la cara del taxista.

CAPÍTULO VIII

Barry Lawton, bastante recuperado del puñetazo a la mandíbula y del par de patadones, vio la oportunidad de salir de su apurada situación y apartó la cara en el instante justo, burlando el poderoso puño de Hans.

Éste no pudo frenar el impulso que diera a su puño y fue la cara de Udo la que recibió el directo de Hans. El golpe, terrible, obligó a Udo a soltar los brazos del taxista antes de derrumbarse.

Barry no perdió el tiempo y, en cuanto se vio libre, hundió su puño izquierdo en el hígado de Hans, totalmente desprotegido, ya que el tipo aún tenía el brazo derecho levantado.

Hans lanzó un bramido de dolor y se encogió en el acto, agarrándose la zona castigada. Barry le atizó con el otro puño, en pleno rostro, y lo mandó al suelo.

Era el momento de escapar.

Y Barry lo intentó.

Echó a correr hacia la puerta.

Udo lo vio y recurrió velozmente a la pistola automática que llevaba bajo la axila zurda. Era una «Luger» e iba provista de silenciador, como la «Magnum» de Hans. —¡Quieto o te liquido!— amenazó.

Barry, que ya había alcanzado la puerta, volvió un instante la cabeza y descubrió que Udo le estaba apuntando con una pistola, pero eso no le detuvo.

El taxista sabía que, si volvía a caer en manos de los tipos, lo destrozarían a golpes y luego lo liquidarían. No podían dejarlo con vida, después de haberle confesado que habían asesinado a Mark Collins.

Por todo ello, Barry no dudó en abrir la puerta y salir disparado

del apartamento, aun sabiendo que Udo podía meterle una bala en la espalda y mandarlo al otro mundo.

Udo, en efecto, apretó el gatillo de su «Luger».

Y no una vez, sino dos.

Afortunadamente, ninguno de los proyectiles alcanzó al taxista, que se había movido con extraordinaria rapidez, a pesar de los golpes recibidos.

Udo maldijo soezmente al ver que Barry Lawton escapaba, ileso, y se incorporó a toda prisa.

—¡Arriba, Hans! ¡El tipo huye!

Hans maldijo también y se puso en pie, oprimiéndose la zona del hígado. Extrajo su «Magnum» y ladró:

—¡Vamos tras él!

Corrieron los dos hacia la puerta.

Cuando salieron del apartamento, el taxista había desaparecido ya.

Hans descubrió que el ascensor estaba descendiendo y dedujo que Barry bajaba en él. —¡Por la escalera, rápido!— indicó, y se lanzó hacia ella.

Udo le imitó.

Descendieron los peldaños muy de prisa, pero, aun así, el ascensor llegó abajo antes que ellos. De ahí que lo encontraran vacío cuando alcanzaron la planta inferior.

—¡Ya está en la calle! —Ladró Hans.

—¡Corramos! —masculló Udo.

Cruzaron velozmente el portal y salieron a la calle, pero se quedaron parados en la acera, sin saber qué dirección tomar. Y es que Barry Lawton no se veía por ninguna parte.

—¡Maldición! —rugió Hans.

—¡El tipo se ha esfumado! —barbotó Udo.

—¡No debiste soltarle! —recriminó Hans.

—¡Y tú no debiste estrellarme el puño en la cara!

—¡El puñetazo era para Lawton! —¡Pero lo recibí yo!

—¡Porque el tipo apartó la cara!

—¡Está bien, no discutamos más! ¡Lo que tenemos que hacer es encontrar a Lawton!

¡No puede estar muy lejos!

—¡Ve tú por la derecha, Udo! ¡Yo iré por la izquierda!

—¡De acuerdo!

Los tipos se separaron.

Habían ocultado sus armas antes de salir a la calle, para no llamar la atención, pero estaban dispuestos a usarlas si era necesario. Tenían que capturar a Barry Lawton, vivo o muerto.

Sin embargo, ni Hans lo iba a encontrar en la dirección que había tomado, ni Udo en la suya, porque el taxista no había salido a la calle.

* * *

Sí, Barry Lawton seguía en el edificio.

No había tomado el ascensor.

Se limitó a pulsar el botón exterior de bajada, para hacer creer a Hans y Udo que descendía en él, ocultándose seguidamente en el primer rellano de la escalera que conducía a la planta superior.

Desde allí, oyó salir a los tipos de su apartamento, morder el anzuelo, y lanzarse escaleras abajo a toda prisa. Barry esperó unos minutos, por si los individuos subían de nuevo.

Afortunadamente, no fue así y el taxista pudo abandonar su escondite y regresar a su apartamento. No era probable que los tipos volvieran, cuando se cansaran de buscarle inútilmente.

Al menos, eso pensaba Barry.

Había cerrado ya la puerta, pero seguía junto a ella, con la espalda pegada a la hoja de madera.

—De buena me he librado... —murmuró, oprimiéndose las costillas.

Le seguían doliendo, lo mismo que los riñones, y en el mentón se le había formado una mancha azulada.

—Estoy hecho un asco —rezongó, antes de separarse de la puerta y dirigirse al baño. Ya no pensaba en la cena, sino en aplicarse linimento en las zonas magulladas, que eran casi todas, y meterse en la cama.

¿En la suya...?

Barry tenía sus dudas.

Podía ser peligroso pasar la noche en su apartamento, ya que si los perseguidores de Joanna volvían...

Mejor que pasara la noche en otro lugar.

¿Y la policía?

¿Debía avisar a la policía...?

Mark Collins había sido asesinado.

Y él había estado a punto de correr su misma suerte.

Era lógico denunciar a los tipos, pero, si lo hacía, la policía le haría preguntas y tendría que explicar por qué los individuos tenían tanto interés en interrogarle y luego eliminarle, como a Collins.

Tendría que hablarles de Joanna Parker, la espía, según afirmaron los tipos.

¿Perjudicaría eso a Joanna...?

¿Entorpecería su misión...?

Probablemente, sí.

Y Barry no deseaba dificultar el trabajo de Joanna, pues, aunque fuera realmente una espía, confiaba en ella y quería, ayudarla. No podía ser una espía mala.

Los malos, eran sus perseguidores.

Mientras se decía todo esto, Barry había alcanzado el baño, se había despojado de la camisa, y había empezado a curarse las contusiones. La de las costillas era muy clara, pero le dolía más la que ofrecía su región renal.

De repente, el timbre de la puerta se puso a sonar.

El taxista dio un nervioso respingo.

¿Serían otra vez los tipos...?

CAPÍTULO IX

Barry Lawton se puso rápidamente la camisa y salió del baño, ahogando sus pisadas. No quería causar el menor ruido. De esa manera, si se trataba nuevamente de los perseguidores de Joanna Parker, los tipos pensarían que no había vuelto a su apartamento.

Claro que también podían pensar que no quería abrirles, pues sobrados motivos tenía para ello... Y si pensaban eso, lo más probable es que forzasen la puerta.

¿Por qué no lo habían hecho ya?

Eso de llamar al timbre...

No, no podían ser los perseguidores de Joanna.

Ellos hubieran cargado ya contra la puerta. O hubieran disparado contra la cerradura.

No eran de los que se andaban con chiquitas, ya lo habían demostrado.

Y después de lo sucedido...

Barry se había aproximado silenciosamente a la puerta y había pegado el oído a ella, pero no se escuchaba nada al otro lado. Nadie hablaba. Nadie se movía. Y hasta parecía que nadie respiraba.

El taxista decidió abrir.

Entreabrir, más bien, ya que sólo pensaba separar la puerta un par de centímetros. Lo justo para aplicar el ojo a la rendija y ver quién aguardaba en el corredor.

Lo hizo.

Y se le heló la sangre en las venas.

No, no eran otra vez Hans y Udo, con sus pistolas automáticas.

¡Era Bronco!

¡El animal de Bronco!

¡El bestia de Bronco!

Barry casi hubiera preferido que fueran los perseguidores de Joanna.

Sí, porque podía decirse que había escapado del fuego para caer en las llamas. ¡Que se iba a quemar igualmente, vamos!

¡Pues sí que llevaba un día...!

Barry quiso cerrar nuevamente la puerta, sin causar el más breve ruido, pero, desgraciadamente, no pudo ser. Bronco le descubrió e inmediatamente cargó contra la puerta con su poderoso hombro.

El taxista salió violentamente despedido, perdió el equilibrio, a pesar de todos sus esfuerzos por mantenerlo, y acabó en el suelo, muy cerca de la puerta de la cocina. El hercúleo Bronco irrumpió en el apartamento como un rinoceronte furioso, cerró la puerta de una coz, y fue hacia el hombre que había estado a punto de hacer el amor con su mujer.

—¡Te voy a convertir en pasta de sobre, Lawton!

El taxista levantó la mano.

—¡Pido una tregua, Bronco!

—¡No hay tregua que valga, bastardo! ¡Me tiraste de las orejas, me mordiste la mano, me atizaste una patada en los cojones, me rompiste un jarrón en la cabeza!

Barry se puso en pie de un brinco, porque el marido de Clara estaba ya muy cerca.

—¡Por favor, Bronco! ¡Tengo que decirte algo muy importante! ¡Está en juego mi vida, la tuya, y la de la espía!

El gigantón se quedó parado.

—¿La espía...? —repitió, absolutamente desconcertado—. ¿Qué espía?

—¡La nuestra! —¿Nuestra?...

—¡La de nuestro país, quiero decir! ¡Se llama Joanna y lleva en su bolso algo de trascendental importancia para Gran Bretaña y para todo el mundo occidental! ¡Dos tipos tratan de arrebatárselo! ¡Son dos agentes orientales, llamados Udo y Hans, y están dispuestos a todo! ¡Se han cargado a un taxista!

Bronco entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Qué cuento es ése, Lawton...?

—No es ningún cuento, Bronco. Todo es cierto, real, auténtico. Fíjate en el moretón que luzco en la barbilla. Es un castañazo, y no me lo diste tú. Fue uno de los agentes orientales. El otro me pateó

las costillas y los riñones. Me abriré la camisa, para que te convenzas.

Barry se la abrió y mostró el par de contusiones.

—Diablos, pues es verdad... —murmuró el gigantón.

Mientras se cerraba la camisa, el taxista, muy contento interiormente por haber conseguido frenar la furia del mastodonte de Bronco, explicó:

—Me golpearon porque querían que les dijese dónde dejé a nuestra espía. La llevé en mi taxi, ¿sabes? La ayudé a escapar de los agentes orientales, conduciendo de forma temeraria. Era la única manera de perderlos de vista. Y lo conseguimos. Los tipos, rabiosos, amenazaron a un taxista y le obligaron a confesar mi nombre y mi dirección. Después, se lo cargaron. Un balazo en la frente. Y a mí me hubieran despachado también, después de interrogarme. Tuve suerte y logré escapar de ellos, aunque no me extrañaría nada que volvieran por aquí.

Bronco volvió la cabeza de forma instintiva.

—¿Tú crees...?

—No les dije lo que querían saber, así que... Cuando llamaste tú, pensé que eran los tipos otra vez. Por eso abrí con tanta precaución.

—Ya.

—¿Cómo supiste dónde vivía, Bronco? —preguntó Barry.

—Obligué a Clara a que me dijera tu apellido. Luego, consulté el listín telefónico. Como tienes teléfono, figuras en él.

—Claro —sonrió el taxista.

El gigante levantó los puños.

—Bueno, ¿te machaco ya?

Barry carraspeó.

—¿No te parece que ya he recibido bastantes golpes, Bronco?

—No te los he propinado yo.

—Pero me diste un batacazo de muerte.

—Me sabe a poco. Quiero convertirme en crema de espárragos, así que prepárate.

El taxista alzó las manos.

—Por favor, Bronco.

—¿Vas a pedirme otra tregua?

—No, lo que voy a pedirte es tu ayuda.

—¿Mi ayuda...?

—Te necesito, Bronco.

—¿Para qué?

—Para luchar contra los agentes orientales. Eres alto como una torre y fuerte como un toro.

—¡No nombres a los toros! —gritó el gigantón, dando una patada en el suelo.

—¿Por qué?

—¡Porque tienen lo que tú estuviste a punto de ponerme!
¡Cuernos!

Barry tosió.

—Ya te expliqué lo que ocurrió, Bronco. Comprendo que te sintieras furioso al encontrar a tu mujer con otro hombre, pero estoy seguro de que tú, en mi lugar, hubieras hecho lo mismo. No hubieras podido rechazar a una mujer como Clara. Sólo un marica o un impotente la rechazada.

El grandullón le apuntó con el dedo.

—¿Seguro que ignorabas que Clara estaba casada?

—Te lo juro, Bronco. De haberlo sabido, no le toco ni un pelo. Hubiera preferido perder las cuatro libras que ella me debía.

—Está bien, te creo —gruñó el gigante.

—¿No me vas a machacar...?

—No. Aunque no es por falta de ganas, conste.

Barry sonrió con amplitud y le tendió la diestra.

—Chócala, Bronco. Pero no me la tritures, ¿eh?

El gigantón titubeó.

—No debería estrecharte la mano, Lawton.

—Por favor, Bronco. Quiero que seamos amigos. Olvida lo que pasó y acepta mi mano. A cambio, te diré lo que tienes que hacer para evitar que Clara sienta deseos de engañarte con otros hombres.

—¿De veras?

—Te lo prometo.

—¿Y dará resultado...?

—El método es infalible.

Bronco sonrió y estrechó la diestra del taxista.

—¡Trato hecho, Lawton!

Barry arrugó la cara, en claro gesto de dolor.

—¡Frena, Bronco, que me la estás haciendo papilla!

El gigantón rió y aflojó la presión de su manaza.

—Disculpa, Lawton. No era mi intención lastimarte, pero como tengo esta fuerza de elefante...

—Ya —respondió el taxista, colocándose la mano en la axila.

—Háblame de ese método infalible, Lawton.

—Más tarde, Bronco. Ahora, dime si puedo contar contigo para luchar contra los agentes orientales.

—Hombre, yo de cobarde no tengo nada —carraspeó Bronco—. Claro que, lo de luchar contra agentes orientales, se me antoja algo muy serio. Los tipos van armados y...

—Yo soy un simple taxista, Bronco, pero no les tengo miedo. Y eso que ya he sido atrapado una vez por ellos y me las hicieron pasar canutas.

—Yo tampoco les tengo miedo, Lawton.

—¿Lucharemos juntos, entonces?

Bronco iba a responder afirmativamente, cuando, de repente, sus ojos se posaron en la prenda íntima que colgaba del tirador de uno de los armarios superiores de la cocina.

—¡Eh!, ¿qué demonios es eso...? —exclamó.

—¿El qué?

Bronco lo apartó, penetró en la cocina, y tomó la prenda.

—¡Son unas bragas...!

Barry tosió nerviosamente.

—Sí, eso parece.

Bronco rompió a reír.

—¿Se las dejó olvidadas alguna amiga tuya, Lawton...?

—Seguramente.

De pronto, el gigante dejó de reír y miró fieramente al taxista.

—¡Son de mi mujer...! —rugió, y fue hacia él con cara de querer comérselo crudo.

CAPÍTULO X

Barry Lawton, convencido de que si Bronco lo atrapaba lo convertiría en natillas, echó a correr, mascullando:

—¡Perra suerte la mía!

—¡No huyas, maldito! —Relinchó el gigantón—. ¡Da la cara como los hombres!

—¡No, que me la partirás!

—¡Te partiré la cara y todo lo demás! ¡No pienso dejarte un solo hueso sano!

—¿Y cómo me defenderé de los agentes orientales...?

—¡Ya no creo en agentes orientales! ¡Ni en espías! ¡Todo es un cuento chino inventado por ti para evitar que te convirtiera en caviar ruso!

—¡Te mostré los golpes que me propinaron, Bronco! —recordó el taxista, sin dejar de correr por el apartamento y de saltar por encima de los muebles, única manera de evitar que el enfurecido marido de Clara le pusiera sus manazas encima.

Bronco le perseguía, pero debido a su corpulencia se movía con menos ligereza que Barry, y no conseguía atraparlo.

—¡Esos golpes debió propinártelos otro marido engañado, después de sorprenderte con su mujer! —replicó el grandullón—. Por cierto, ¿te llevaste también sus bragas...? —¡Ésas no son las de Clara, Bronco!— negó el taxista, para ver si conseguía aplacar la furia del gigante.

—¡Mientes, bellaco! ¡Conozco muy bien la ropa íntima del pendón de mi mujer y sé que llevaba puestas estas descaradas braguitas cuando le calenté el trasero, después de izarla por los pies!

—¡Y las seguía llevando cuando yo abandoné el apartamento, te

lo aseguro!

—¿Y cómo llegaron hasta tu cocina? ¿En una lata de conservas...?

—¡Te repito que no son las de Clara, Bronco! ¡Serán idénticas, si tú quieres, pero no son las tuyas!

—¡Claro que son las tuyas! ¡Lo confesarás cuando empiece a sacarte los hígados por las orejas!

—¿Por qué tienes que ser tan bestia, Bronco?

El gigante escupió un par de palabrotas.

—¡Deja de escabullirte como una lagartija, Lawton! ¡Estoy deseando hacer mayonesa contigo!

Barry se había colocado detrás de una silla. Cuando Bronco fue hacia él, le tiró la silla a los pies y lo hizo caer. Estrepitosamente, además.

El gigantón se puso a maldecir como un pirata.

Antes de que se levantara, Barry propuso:

—Fumemos la pipa de la paz, Bronco.

El grandullón lo fulminó con los ojos.

—¿Sabes lo que haría yo con esa pipa, si la tuviera...?

—No, dímelo.

—¡Metértela por el cu...!

—Por ahí no se fuma, Bronco —tosió Barry.

El gigante se incorporó, colérico, y agarró la silla que segundos antes le hiciera tropezar y propinarse el batacazo. Tenía intención de arrojársele al taxista, pero, justo en ese momento, el timbre de la puerta se dejó oír.

—¡Son ellos! —exclamó Barry, ahogando la voz—. ¡Han vuelto...!

* * *

Bronco se había quedado muy quieto, con la silla en alto. Miraba hacia la puerta.

—¿Estás seguro, Lawton? —preguntó, en tono bajo también.

—¡Pondría la mano en el fuego! —respondió el taxista.

—¿Qué hacemos?

—¡Defender nuestras vidas! ¿Estás dispuesto a luchar, Bronco...?

—Sí, claro.

—¡Sorprenderemos a los tipos! Ellos creen que estoy solo, así que tú sitúate detrás de la puerta, con la silla en alto. Y, cuando yo abra, ¡zas!, silletazo.

—Entendido.

—¡Vamos!

Se aproximaron los dos a la puerta, Bronco se colocó detrás de ella, tal y como le indicara el taxista, y éste abrió, algo menos de un palmo, con gesto de temor, para que los tipos no sospecharan que esta vez contaba con ayuda.

¡Y muy buena, además!

El gesto de temor, sin embargo, no tardó en convertirse en gesto de sorpresa, porque no eran Udo y Hans, con sus impresionantes pistolas automáticas provistas de silenciador, sino Joanna Parker, la espía de cabellos rubios, rostro bonito, y esbelta figura.

—Joanna... —musitó el taxista, sin poderlo creer.

Ella le sonrió encantadoramente.

—Hola, Barry.

El taxista acabó de abrir la puerta y fue entonces cuando la espía descubrió el moretón que lucía en la barbilla. Dejó de sonreír y preguntó:

—¿Quién le golpeó, Barry?

—Los tipos que la perseguían.

Joanna respingó.

—¿Se tropezó con ellos...?

—Estuvieron aquí, en mi apartamento. Pase y se lo contaré.

La espía entró en el apartamento.

Bronco, que seguía con la silla en alto, desconcertado, preguntó:

—¿Le arreo con la silla, Lawton?

—¡No! —exclamó el taxista, que ya estaba cerrando la puerta—. Baja la silla, Bronco. Es Joanna, nuestra espía.

—Oh...

Joanna observó al gigante.

—¿Quién es, Barry?

—Bronco, un amigo mío.

—¡De amigos, nada! —barbotó el grandullón, que ya había dejado la silla en el suelo—. No puedo ser amigo de alguien que tiene en su casa, colgadas del tirador de uno de los armarios de la cocina, las bragas de mi mujer.

Joanna dio un respingo.

—¡Barry! ¿No será...? —preguntó, recordando que el taxista le había hablado de un tipo de dos metros de estatura y ciento no sé cuántos kilos de peso, que lo sorprendió con su mujer y le puso en serios apuros.

—Sí, es él —carraspeó Barry—. Pero está equivocado. La prenda íntima es de una amiga mía, no de su esposa. Lo que pasa es que Bronco es un tipo muy desconfiado y no quiere creermelo.

—¡Son de Clara, Lawton, y tú lo sabes! —insistió el gigante, agarrándolo del cuello como si quisiera estrangularlo. Joanna se apresuró a intervenir.

—Por favor, Bronco... —rogó, obligándole a retirar su poderosa zarpa del gárgamo del taxista—. Es ridículo discutir por unas simples bragas.

—Joanna tiene razón —opinó Barry—. Somos ya mayorcitos para eso.

—Está bien, dejémoslo —gruñó Bronco.

Joanna se encaró con el taxista.

—Cuénteme lo que pasó, Barry.

El taxista le refirió su encuentro con Hans y Udo, los apuros que pasó, y cómo consiguió burlarles.

Joanna se mordió los labios.

—Lamento la muerte de Mark Collins. Pero aún hubiera lamentado más la suya, Barry. En realidad, he venido a verle porque no me sentía tranquila. Temía que Udo y Hans le encontraran y se ensañaran con usted por haberme ayudado, como de hecho sucedió.

Y menos mal que pudo escapar.

—¿Cómo supo dónde vivía, Joanna? —preguntó Barry.

—De la misma forma que lo averiguaron Hans y Udo. Aunque yo no tuve necesidad de amenazar al taxista al que pregunté. Le dije simplemente que quería hablar con usted, Barry, y el tipo, muy amablemente, me facilitó su dirección.

El taxista le cogió una mano.

—Le agradezco su interés, Joanna.

—Estaba moralmente obligada a interesarme por usted, Barry. Se portó muy bien conmigo.

—¿Es de verdad una espía, Joanna? —preguntó Bronco.

—Más o menos.

—¿Y es tan importante como asegura Barry lo que lleva usted en su bolso...?

—Ya no lo llevo.

—¿No...? —exclamó Barry.

—Lo entregué a la persona y en el lugar que me habían indicado.

—¡Me alegro!

—¿Por qué?

—Así ya no corre usted peligro, Joanna.

—Se equivoca, Barry. Udo y Hans me buscarán por todo Londres como dos perros de presa. Querrán saber dónde y a quién entregué lo que ellos perseguían, para tratar de conseguirlo.

—Entonces, no debe permanecer un solo minuto más aquí —aconsejó el taxista—. ¡Los tipos pueden volver!

—Usted tampoco puede continuar aquí, Barry. Debe abandonar su apartamento.

—Ya lo había pensado. Lo malo es que no sé adónde ir...

—Quizá Bronco le acoja en su casa.

El gigantón respingó.

—¿Acogerle yo en mi casa...? ¡Y un cuerno!

—¿Por qué? —preguntó Joanna.

—¡Porque me pondría los dos al menor descuido! La espía no pudo contener la risa.

—Olvidelo, Bronco. Barry vendrá conmigo.

—¿Adónde? —preguntó el taxista.

—Ya lo sabrá cuando lleguemos. Vamos, coja su chaquetilla y su gorra, y larguémonos cuanto antes —apremió Joanna.

CAPÍTULO XI

Hans y Udo no habían podido encontrar a Barry Lawton, pero sí habían encontrado su taxi, encerrado en el garaje que existía tan próximo al 282 de Granger Street. Lo había descubierto Udo, quien inmediatamente fue en busca de su compañero, para informarle de su hallazgo. La noticia alegró a Hans, quien comentó:

—Tarde o temprano, Lawton vendrá por su taxi. Entonces, caerá en nuestras manos y la haremos llorar lágrimas de sangre.

—Lo más probable es que no vuelva hasta por la mañana —opinó Udo.

—Es posible.

—¿Vamos a montar guardia toda la noche, Hans?

—Sí.

Udo carraspeó ligeramente.

—¿No sería mejor que nos diéramos una vuelta por Hyde Park? —sugirió.

—¿De qué serviría?

—Lawton dijo que dejó a Joanna Parker allí.

—Mintió.

—No sé.

Hans lo miró severamente.

—¿Cómo puedes pensar que ese bastardo nos dijo la verdad...? ¡Mintió para proteger a la chica!

—Es posible, Hans. Pero también es posible que Joanna le pidiera que la llevara a Hyde Park.

—¡No lo creo!

—Piénsalo, Hans. No perderíamos nada con echar un vistazo. Ya sé que no tenemos muchas posibilidades de encontrar a Joanna rondando por allí, pero menos tenemos de encontrarla aquí, en

Granger Street, rondando el apartamento del taxista.

—¿Y si Lawton vuelve mientras tanto y se lleva su taxi...?

—No creo que vuelva hasta mañana, Hans. Se fue muy asustado. Sabe lo que le espera si lo atrapamos de nuevo.

Hans sacudió la cabeza.

—No podemos arriesgarnos, Udo. Le hemos perdido la pista a Joanna Parker y sólo Barry Lawton puede llevarnos hasta ella. Esperaremos a que ese hijo de perra aparezca.

—Como quieras —suspiró Udo.

Siguieron los dos vigilando la calle, ocultos en un portal próximo al del edificio en donde vivía Barry Lawton. Desde allí, lo veían perfectamente, lo mismo que la entrada del garaje en donde permanecía encerrado el taxi de Lawton.

De pronto, vieron aparecer un taxi.

Y el taxi, justamente, se detuvo frente al 282.

Hans y Udo le prestaron toda su atención, para saber quién descendía de él. Y, cuando vieron quién se apeaba del taxi, respingaron ambos a dúo.

—¡Es Joanna Parker...! —exclamó Hans, sin poderlo creer.

—¿Seguro que no estamos soñando, Hans...? —dijo Udo, igualmente incrédulo—. ¡Estamos pero que muy despiertos, Udo!

—¡Es fantástico! ¡Cuando menos posibilidades teníamos de encontrar a Joanna, viene ella misma a caer en nuestras manos!

—¡Ha entrado en el edificio! ¡Viene a ver al taxista!

—¡Pues Lawton no está!

—¡Pero ella no lo sabe!

—¡Vamos, Hans!

—¡No, esperemos un poco más! ¡Debemos darle tiempo, Udo!

—¿Para que suba al apartamento del taxista...?

—¡Exacto!

Hans y Udo dejaron transcurrir unos segundos más.

Después, el primero dijo:

—Ahora, Udo.

Salieron los dos del portal, cruzaron rápidamente la calle, y se introdujeron en el edificio donde vivía Barry Lawton, ya con sus respectivas armas empuñadas.

El ascensor estaba subiendo.

—Por la escalera, Udo —indicó Hans—. Sin hacer ruido.

—De acuerdo.

Se fueron los dos para arriba.

El ascensor, lógicamente, llegó antes.

Hans y Udo siguieron subiendo peldaños en silencio.

Oyeron salir a Joanna del ascensor y pulsar el timbre del apartamento del taxista. Allí pensaban atraparla, pero, para su sorpresa, oyeron que la puerta se abría al cabo de algunos segundos y que la espía decía:

—Hola, Barry.

Hans y Udo, que se habían quedado parados, ínter cambiaron una mirada llena de perplejidad. No hicieron ni dijeron nada hasta que oyeron entrar a Joanna en el apartamento del taxista y que éste cerraba nuevamente la puerta.

—¡Lawton estaba en su apartamento! —exclamó Udo.

—No lo comprendo —rezongó Hans.

—Debió volver sin que nosotros nos diéramos cuenta.

—Imposible.

—¿Entonces...?

—El tipo es más astuto de lo que pensábamos, Udo. Nos engañó como a chinos.

—Explícate, Hans.

—No bajó en el ascensor, como nosotros creíamos. Por eso desapareció tan pronto.

—¿Y quién bajó en el ascensor...?

—Nadie. Lawton pulsó el botón exterior de bajada y lo hizo descender vacío, confiando, como de hecho sucedió, en que nosotros pensaríamos que bajaba en él.

—¿Y dónde se ocultó el muy hijo de perra...?

—En la escalera que conduce al piso alto, seguramente.

Udo apretó los maxilares.

—¡Me las pagará, lo juro!

—A mí también. Vamos.

Acabaron de subir los peldaños que faltaban y se acercaron silenciosamente a la puerta del apartamento

15-C.

Hans pegó su oído derecho a la misma y escuchó voces.

Tres voces.

Dos masculinas y una femenina.

Extrañado, separó su oído de la puerta y dijo en voz baja:

—Hay alguien más, Udo.

—¿Qué...?

—Otro hombre, aparte de Lawton. Tiene la voz mucho más gruesa que la del taxista.

—¿Quién podrá ser...?

—No lo sé.

—¿Un vecino, tal vez...?

—Es posible.

—Lawton debió pedirle ayuda, por si volvíamos. —Seguramente. Pero no le servirá de nada, Udo. Nos lo cargaremos también—. Por supuesto —sonrió Udo—. ¿Entramos ya, Hans?

—No, espera unos segundos. Quiero ver si capto algo de lo que dicen —respondió Hans, y volvió a pegar su oído a la puerta.

Udo vio que su compañero ponía una cara muy rara.

—¿De qué están hablando, Hans?

Éste lo miró, con ojos agrandados.

—Capto sólo algunas palabras sueltas, pero no tienen sentido —murmuró.

—¿Qué palabras?

—Bragas, por ejemplo.

Udo respingó.

—¿Has dicho bragas...?

—Sí.

—¿De mujer...?

Hans lo recriminó con la mirada.

—¿Existen bragas de hombre, acaso?

—No, claro que no —carraspeó su compañero—. Eres un burro, Udo.

—¿Qué más has oído, Hans?

—No te lo vas a creer.

—Vamos, suéltalo ya. Me tienes intrigado.

—Las bragas están en la cocina.

Udo puso cara de retrasado mental.

—¿En la cocina...?

—Eso parece.

—¿Y qué hacen allí...?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¡Es lo más absurdo que he oído en mi vida! ¡Unas bragas en una cocina...! —Ya te dije que lo que oigo no tiene sentido. Cada vez menos. Ahora hablan de cuernos.

Udo respingó de nuevo.

—¿De cuernos...?

—Sí.

—¡Deben de estar hablando en clave!

—O de toros —repuso Hans.

—¿Tú crees...?

Hans lo abofeteó con los ojos.

—Era una broma, idiota.

Udo se enfadó.

—No perdamos más tiempo, Hans —masculló—. Entremos de una vez y sabremos a qué están jugando ahí adentro.

—Ellos mismos nos van a abrir la puerta.

—¿Qué...?

—Se disponen a salir, Udo. ¡Prepara tu arma! Udo apuntó con su «Luger» hacia la puerta.

Hans hizo lo propio con su «Magnum».

Tan sólo unos segundos después, la puerta se abría y Barry, Joanna y Bronco se veían encañonados por las armas de Udo y Hans.

CAPÍTULO XII

Los tres quedaron paralizados por la sorpresa.

Miraban fijamente las pistolas automáticas que exhibían la pareja de individuos, temiendo que de un momento a otro comenzaran a escupir balas.

—Atrás —ordenó Hans.

—Y moveos despacio —añadió Udo—. El primero que haga un movimiento brusco, no vivirá más de dos segundos.

Barry, Joanna y Bronco retrocedieron.

Con lentitud, como querían los tipos.

Cuando se hubieron alejado unos tres o cuatro metros de la puerta, Hans y Udo penetraron en el apartamento. Fue el segundo quien cerró la puerta.

Bronco murmuró:

—Son los agentes orientales, ¿verdad?

—Sí —asintió Barry.

—Pues nos hemos caído con todo el equipo.

—Nos entretuvimos demasiado. Debimos largarnos antes.

Joanna terció:

—Es tarde para lamentarse. Hay que hacer frente a la situación.

—Y qué situación... —murmuró Barry.

Hablaban tan bajo, que Hans y Udo no conseguían entender lo que decían.

—¿Qué cuchicheáis? —masculló Hans.

—Nada —respondió Joanna.

—Quítate el pantalón.

—¿Cómo?

—Que te quites el pantalón.

—¿Para qué?

—Queremos saber si las bragas que están en la cocina son tuyas.
Udo emitió una risita.

—Sí, sentimos curiosidad por saberlo —dijo, aprobando la iniciativa de su compañero, pues pensaba que iba a ser muy divertido.

Barry y Bronco cambiaron una mirada, sorprendidos.

—¿Qué sabéis vosotros de bragas...? —preguntó el taxista.

—Mucho —respondió Hans.

—Y también sabemos de cuernos —agregó Udo.

—¿Cuernos?... —Respingó Bronco.

—Sí, eso que llevan los toros en la trente.

El gigante apretó los puños con rabia.

—Como sea una indirecta...

Barry lo agarró del brazo, temiendo que se lanzara sobre los tipos.

—Cálmate, Bronco.

—Creo que saben que mi mujer me engaña.

—No es posible.

—¿Por qué hablan de cuernos, entonces?

—No lo sé. Pero estoy seguro de que no tiene nada que ver con Clara.

Hans dio una patada en el suelo.

—¿Otra vez cuchicheando...?

Barry y Bronco guardaron silencio.

Hans volvió a posar su mirada en Joanna y gritó:

—¡Venga, rubia, fuera ese pantalón!

Joanna, nerviosa, dijo:

—Las bragas que hay en la cocina no son mías. —¿Seguro?

—Está diciendo la verdad —intervino Barry—. Son de una amiga mía, que se las dejó olvidadas.

—¿En la cocina...?

—Sí.

—¿Acaso hicisteis el amor allí, entre las cacerolas...? —Resulta muy excitante. ¿No lo habéis probado nunca...?

Hans y Udo se echaron a reír.

—¡Es simpático, el taxista! —dijo el primero.

—¡Sí, mucho! —Estuvo de acuerdo Udo—. Aunque eso no le librará de lo que le espera.

—¡Seguro que no!

Joanna y Barry se miraron, en silencio.

Después, la espía musitó:

—Lamento haberte metido en esto, Barry.

—Gracias por tutearme, Joanna. Y no te preocupes, saldremos de apuros una vez más.

—¿Tú crees?

—Me las pinto sólo para eso —sonrió levemente el taxista, y le guiñó el ojo.

Udo dijo:

—Insiste en lo del pantalón, Hans.

—Desde luego. Vamos, Joanna, quítatelo.

La espía se puso nuevamente nerviosa.

—Ya os he dicho que esas bragas no son mías. —Queremos comprobarlo—. No pienso quitarme el pantalón.

—Si no se lo quiere quitar, es porque no lleva nada debajo, lo cual demuestra que las bragas que hay en la cocina son tuyas —habló Udo.

Barry intervino de nuevo:

—Estáis equivocados, muchachos. Ya os dije antes que...

—¡Tú a callar, Lawton! —le interrumpió Hans, con gesto amenazante—. Si vuelves a abrir la boca, te meto una bala en la sesera. ¡Y lo mismo te digo a ti, grandullón! —Miró a Bronco.

El marido de Clara no dijo nada.

Barry, tras la seria amenaza de Hans, tampoco pronunció palabra.

Hans volvió a encararse con Joanna y dijo:

—Si no te quitas el pantalón ahora mismo, me cargo al taxista y al gigante.

La espía, convencida de que Hans hablaba en serio, apretó los labios y rezongó:

—Está bien, vosotros ganáis.

Joanna se desabrochó el pantalón, lo hizo descender bruscamente, y se despojó de él, arrojándolo seguidamente al suelo, con rabia.

—¿Satisfechos, cerdos?

Hans y Udo le estaban mirando ya las piernas.

Unas piernas delgadas, de muslos largos y esbeltos, sedosos,

fascinantes de verdad. De ahí que los ojos de los tipos brillaran significativamente. De manera especial, cuando se posaron en las suaves y transparentes braguitas de nylon que protegían la intimidad de la espía.

Barry y Bronco se fijaron también en las maravillosas extremidades inferiores de Joanna, naturalmente. Sin embargo, el taxista no disfrutó lo más mínimo con el espectáculo, porque una sorda rabia le corroía las entrañas.

Hans y Udo estaban humillando a Joanna.

Y él no podía hacer nada por impedirlo.

Miró a los tipos.

Al verlos a los dos con los ojos clavados en las bellas piernas de Joanna, mordiéndolas con ellos, estuvo tentado de saltar sobre los muy puercos.

¿Lograría sorprenderlos, aprovechando su momentánea distracción...?

¿Conseguiría desarmarlos...?

Necesitaba la colaboración de Bronco.

Si actuaban los dos al mismo tiempo, tendrían más posibilidades de éxito.

Barry, con disimulo, tocó con el codo al grandullón.

Bronco lo miró.

El taxista, con un leve pero significativo gesto, le dio a entender que debían intentar sorprender a los tipos, ahora que ambos se hallaban exclusivamente pendientes de las perfectas piernas de Joanna.

Bronco, también con el gesto, le hizo saber que estaba dispuesto a secundarle. Desgraciadamente, cuando ambos estaban a punto de saltar sobre Udo y Hans, este último los miró y, como si adivinara sus intenciones, dijo:

—Vosotros quietecitos, ¿eh? Como se os ocurra pestañear siquiera, os hacemos un relleno de plomo a los dos.

—Y de los buenos —añadió Udo, mirándolos también.

Barry y Bronco, naturalmente, tuvieron que desistir por el momento de intentar sorprender a los tipos, en vista de que éstos volvían a estar alerta.

Hans sonrió y dijo:

—Joanna tenía razón, Udo. Las bragas que hay en la cocina no

son tuyas.

—Efectivamente. Las tuyas las lleva puestas.

—Tiene unas preciosas piernas, ¿verdad?

—Estoy seguro de que todo lo tiene precioso, Hans.

—¿Qué estás sugiriendo, Udo...?

—Ordénale que se quite la blusa.

—Es una gran idea. Pero antes, que nos entregue su bolso. Estoy deseando recuperar el microfilme.

—Yo también.

—Ya lo has oído, Joanna —dijo Hans—. Descuelga el bolso de tu hombro, lentamente, y lánzamelo despacio. Si no lo haces así, ya no podrás despojarte de la blusa, porque estarás muerta.

—Sí, tendrás varios plomos en tu hermoso cuerpo —apostilló Udo.

Joanna no tuvo inconveniente en hacer lo que los tipos le pedían, pues era cierto que ya no llevaba el valioso microfilme en el bolso.

Sí llevaba, en cambio, un revólver calibre 38, de cañón corto, provisto de silenciador. Le hubiera gustado empuñarlo, pero no había tenido oportunidad.

Hans y Udo tenían todas las ventajas.

Joanna le lanzó el bolso a Hans, suavemente, como él quería.

—Perfecto, muñeca —sonrió el tipo, cuando tuvo el bolso en sus manos.

Lo abrió, sin dejar de apuntarlos a los tres con su «Magnum», y lo registró. Como no encontró el microfilme, torció el gesto y preguntó:

—¿Dónde está?

—Lo entregué —respondió Joanna.

—¿Que lo entregaste...?

—Sí.

—¿Dónde? ¿A quién?

—En Hyde Park, a alguien que me esperaba allí con la contraseña acordada. Y no me preguntéis su nombre, porque no lo sé. El tipo era un perfecto desconocido para mí —aseguró la espía.

CAPÍTULO XIII

El feo rostro de Hans se convirtió en una peligrosa máscara de granito tras las palabras de Joanna Parker.

Y lo mismo sucedió con la cara, asimismo desagradable, de Udo.

Hans fue el primero en despegar los labios:

—¿Lo has oído, Udo?

—Sí, Hans.

—¿Y qué opinas?

—Puede que haya dicho la verdad.

—Yo creo que miente, Udo.

—¿De veras?

—Es una grandísima zorra, no hay más que mirarla a los ojos.

Lleva el engaño escrito en ellos.

—He dicho la verdad —habló Joanna.

Hans arrojó el bolso de la espía al suelo, con furia, y rugió:

—¡No entregaste el microfilme! ¡Lo sigues teniendo tú!

—Acabas de comprobar que no, Hans —repuso Joanna.

—¡Sólo he comprobado que no lo llevas en el bolso! —Es el único sitio donde podría llevarlo. Y donde, de hecho, lo llevé hasta que lo entregué.

—¡No, no es el único sitio! ¡Quítate la blusa en seguida! —ordenó Hans.

—Sí, que se la quite —dijo Udo, deseoso de ver con menos ropa aún a la bella espía.

Con ninguna ropa, si era posible.

¿Y por qué no lo iba a ser...?

Ellos dominaban la situación.

Joanna tendría que hacer todo lo que le ordenasen, por humillante que fuera. La espía lo comprendió así y no discutió. Se

desabrochó la liviana blusa, sin ninguna prisa, y se despojó de ella, quedando en sujetador breve, suave y transparente, como la prenda inferior.

Barry Lawton se vio dominado nuevamente por la rabia. Veía los ojos de los tipos suciamente clavados en los atractivos senos de Joanna, erectos y armoniosos, apenas velados por el fino sujetador, y no podía evitar que la sangre le quemara las venas.

Sintió, como antes, deseos de saltar sobre la pareja de puercos.

Y parecía que esta vez iban a poder hacerlo, especialmente si, como él esperaba, Hans le ordenaba a Joanna que se quitase también el sujetador.

Y si la espía se desprendía de él...

Ése sería el momento de actuar.

Hans y Udo sólo tendrían ojos para los bellos senos de Joanna.

¡Tenían que aprovechar su distracción!

Bronco también esperaba que Hans ordenase a Joanna que se quitase el sujetador, para ver si llevaba oculto el microfilme bajo él, aunque la transparencia de la prenda ya parecía revelar que bajo el sutil tejido sólo estaban los erguidos senos de la espía.

Joanna, asimismo, adivinaba también cuál iba a ser la siguiente orden de Hans. Y ninguno de los tres se equivocó, ya que el tipo ladró:

—¡Fuera eso también!

—No creo que sea necesario, Hans —dijo Joanna.

—¡He dicho fuera!

La espía exhaló un suspiro de resignación, se llevó las manos a la espalda, y desabrochó la prenda, desprendiéndose seguidamente de ella.

La forzada exhibición de senos, como ya esperaba Barry, turbó más de la cuenta a los tipos. Y, como no había un solo segundo que perder, tocó con el codo a Bronco y saltó como un tigre sobre la pareja de cerdos.

Cayó, concretamente, sobre Hans, al que derribó con terrible violencia. Udo quiso reaccionar, pero Bronco, que se había dado mucha prisa en imitar al taxista, cayó sobre él y lo arrolló como un tractor de cadenas arrollaría un cubo de basura.

Joanna, que ya contaba con que Barry y Bronco atacasen a Hans y Udo en cuanto ella quedase con los pechos al aire, porque lo

había leído en sus caras, se dio mucha prisa en colocarse nuevamente el sujetador y después corrió hacia su bolso, para recuperar su arma y entrar en acción.

Lo alcanzó y empuñó velozmente el revólver, pero, por el momento, no pudo utilizarlo, porque Barry y Hans rodaban muy juntos por el suelo, luchando ferozmente, lo mismo que Bronco y Udo. Si disparaba, podía alcanzar involuntariamente a Barry o Bronco.

Joanna se puso nerviosa, especialmente porque Hans seguía empuñando su «Magnum» y tampoco Udo había perdido su «Luger» en la violenta caída.

Y la espía, claro, temía que Hans pudiera utilizar su arma contra Barry, al menor descuido de éste, o Udo pudiera hacer uso de la suya contra Bronco.

Barry, consciente del peligro que para él suponía el que Hans siguiera empuñando su «Magnum», le había aferrado la muñeca derecha y no se la soltaba ni a la de tres.

Entretanto, con el puño derecho, golpeaba a su rival donde podía, recibiendo también, lógicamente, golpes de Hans.

Bronco, gracias a su fuerza de búfalo, consiguió que Udo soltara su «Luger», triturándole materialmente la muñeca derecha.

—¡Logré desarmarte, gusano!

—¡Bastardo! —Ladró Udo, y le atizó un puñetazo en la cara, con la zurda, pero sólo consiguió hacerse daño en los nudillos, porque el gigante la tenía demasiado dura, como todo.

El castañazo que Bronco le soltó a Udo, en cambio, hizo que éste pensara que acababa de cocearle un elefante.

—¡Bravo, Bronco! —exclamó Joanna—. ¡Acaba con Udo y échale una mano a Barry!

—¡Encantado! —respondió el grandullón, y le soltó otro zambombazo al tipo.

Udo empezó a ver luces de colores.

Estaba prácticamente inconsciente.

Bronco se desentendió de él y se irguió, dispuesto a ayudar al taxista. Pero, afortunadamente, no fue necesario, porque, justo en aquel instante, Barry lograba mediante una hábil torsión de brazo que Hans soltara su «Magnum».

—¡Lo conseguí! —exclamó.

—¡Magnífico, Barry! —gritó Joanna.

—¡Hijo de perra! —barbotó Hans, y le atizó con el puño izquierdo al taxista, en el rostro.

Barry aguantó bien el golpe y respondió con varios puñetazos seguidos, mientras decía:

—¡Esto por el par de bofetadas que me diste cuando Udo me tenía sujeto, cobarde! ¡Y esto por haber obligado a Joanna a desnudarse, rata asquerosa! ¡Y esto otro de parte de Mark Collins, asesino! ¡Te voy a destrozar a golpes, porque no eres más que basura!

Hans no conseguía frenar el aluvión de puñetazos, porque el taxista era poco menos que una furia desatada. Barry había deseado tanto aquel momento, que no lograba saciarse.

Cuanto más golpes le propinaba al tipo, más ganas tenía de zurrarle.

Y Bronco, encima, le animaba.

—¡Así, Lawton, así! ¡Atízale duro! ¡Que no lo reconozca ni su madre, caso de que sepa quién es, lo cual dudo bastante, porque debió traerlo al mundo la furcia más furcia de todas las furcias!

Entretanto, Udo había dejado de ver luces de todos los colores.

Estaba volviendo a la realidad.

Y, como las cosas no podían estar peor para ellos, estiró disimuladamente el brazo y alcanzó su «Luger», que yacía en el suelo, no lejos de él.

Por fortuna, Joanna le vio empuñarla y gritó:

—¡Al suelo, Bronco!

El grandullón se echó de bruces e hizo temblar el suelo, pero éste resistió y Bronco no fue a parar al apartamento de abajo.

Joanna ya estaba disparando sobre Udo, anticipándose a éste, que no pudo hacer uso de la «Luger», porque recibió dos impactos en el pecho y se vio obligado a soltar el arma.

Uno de los proyectiles le había tocado el corazón, así que se fue al infierno en sólo unos segundos, sin despedirse de Hans, su fiel compañero de canalladas.

Aunque, de haber tenido tiempo, tampoco hubiera podido despedirse, porque no lo habría reconocido. Tenía la cara demasiado deformada, a causa de los numerosos puñetazos que le había propinado Barry.

El taxista interrumpió su castigo cuando vio que Joanna disparaba sobre Udo y lo enviaba al otro mundo. Como Hans ya había recibido bastantes golpes, Barry lo dejó y se irguió.

Bronco se puso también en pie.

—El tipo quería balearme por la espalda, ¿eh? —rezongó.

—Así es —asintió la espía—. Pero yo no le dejé.

—Gracias, Joanna.

—A vosotros, valientes. De no haber sido por vuestra decisión...

—Hubieras tenido que hacer un «*strip-tease*» completo —carraspeó Barry.

—¡Seguro! —rió la espía.

—¿Por qué no te vistes, Joanna? —sugirió el taxista—. Estás demasiado tentadora así, en ropa interior.

—Y qué ropa interior... —murmuró Bronco.

Joanna rió de nuevo y recogió la blusa y el pantalón.

Mientras se vestía, Barry y Bronco se acercaron a Udo, comprobando que estaba muerto. El taxista recogió la «Luger», para observarla de cerca.

—Menudo cacharro, ¿eh, Bronco?

—Pues anda que la del otro... —respondió el grandullón, buscando con la mirada la «Magnum» de Hans.

Resultó providencial que lo hiciera, ya que Hans, a pesar del tremendo castigo recibido, no había llegado a perder el conocimiento, aunque pareciera que sí, lo que le permitió recuperar silenciosamente su arma y...

—¡Cuidado, Lawton! —gritó Bronco.

El taxista se giró como el rayo y disparó sobre Hans sin pensárselo dos veces, Joanna también lo hizo, con su revólver, reaccionando con mucha rapidez, pero las dos balas que envió Barry penetraron antes en el cuerpo del tipo.

Cuando se alojaron en él las enviadas por la espía, Hans era ya prácticamente cadáver.

EPÍLOGO

Barry Lawton lanzó un hondo suspiro.

—No ganamos para sustos, ¿eh, Bronco?

—¡Y que lo digas! —respondió el marido de Clara.

—Hans y Udo no nos asustarán más —dijo Joanna Parker.

—Habrá que avisar a la policía, ¿no? —sugirió el taxista.

—No, la policía no debe intervenir en esto, Barry —respondió la espía.

—¿Y qué hacemos con los cuerpos de los tipos...? ¡No puedo tener dos fiambres aquí, en mi apartamento!

—No te preocupes, Barry. Haré una llamada telefónica y ciertas personas se encargarán de retirar los cadáveres con la máxima discreción.

—¿De veras?

—Sí, nadie sabrá lo que ha pasado aquí. —Tus palabras me tranquilizan, Joanna.

—Anda, recoge tu gorra y vámonos. No debe haber nadie aquí cuando esas personas vengan por los cuerpos de los tipos.

El taxista no discutió.

Segundos después, abandonaban los tres el apartamento.

Ya en la calle, Barry y Joanna se despidieron de Bronco, quien recordó:

—Todavía no me has dicho qué debo hacer para que mi mujer no me engañe más, Lawton.

—Trátala con cariño, Bronco. Y con respeto. Clara es una mujer, no un saco de melones. Si no te muestras delicado con ella, nunca será enteramente tuya. Sé que tendrás que esforzarte, porque eres un pedazo de mulo, pero vale la pena que lo hagas. Clara es un monumento de mujer. Puede hacer feliz al hombre más exigente.

No la pierdas, Bronco.

El gigante sonrió y prometió:

—Seguiré tu consejo, Lawton.

Bronco subió en su coche y se alejó en él.

Poco después, Barry y Joanna se alejaban también en el taxi de él.

—¿Adónde vamos, Joanna? —preguntó el taxista.

La espía le dio una dirección y explicó:

—Es un apartamento vacío. Nadie vive en él, así que podremos pasar la noche allí.

Barry carraspeó.

—¿Cuántas camas hay?

—Sólo una.

—¿Y estás dispuesta a compartirla conmigo...?

—Claro.

—Joanna...

—¿Qué?

—He recibido muchos golpes y no creo estar en condiciones de quedar como un hombre.

—¿De veras?

—De todos modos, lo intentaré. Me gustas demasiado como para desperdiciar la ocasión que me brindas.

Joanna le pasó el brazo por el cuello y se acercó mucho a él.

—¿Sabes por qué te la brindo?

—No.

—Porque tú también me gustas mucho, Barry —confesó la espía, y le besó en los labios. El taxista se distrajo y ello estuvo a punto de costarle muy caro, porque su taxi se fue directo hacia una farola.

—¡Cuidado, Barry! —gritó Joanna.

El taxista realizó un veloz viraje y evitó que su taxi quedara empotrado contra la farola.

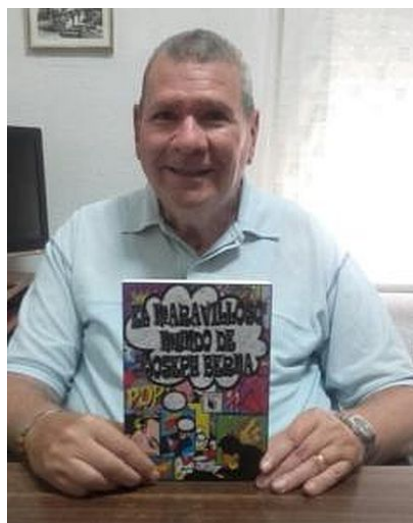
Después, Joanna y él se echaron a reír alegremente.

Se sentían felices los dos.

Joanna, porque había podido cumplir su misión, y Barry, porque se habían acabado sus apuros.

Y encima, iban a pasar la noche entera juntos...

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».